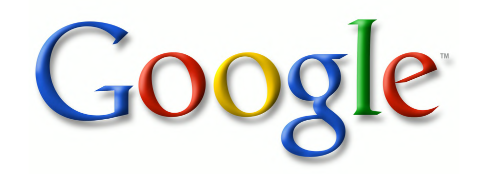
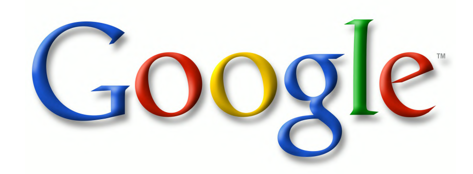
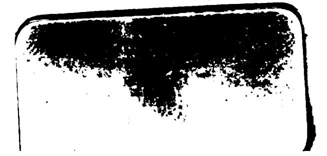







TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA





BIBLIOTECA UNIVERSAL.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,

NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XLVIII.

CAMPOAMOR.

POESÍAS ESCOGIDAS.

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

calle de Leganitos, 18, 2.º

1879.

MADRID, 1879.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.ª,
SUCESORES DE RIVADENEYRA,
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.
calle del Duque de Osuna, número 3.

ADVERTENCIA.

El editor, deseoso de hacer de dia en dia más digna del público español y americano esta *Biblioteca*, se propone traer á ella el mayor número posible de obras de autores contemporáneos. Algo ha conseguido en este camino y mucho más conseguirá si, como hasta aquí, sigue el público favoreciéndola.

Con el objeto indicado se dirigió el editor al Sr. D. Ramon de Campoamor, y este insigne poeta, con benevolencia que nunca agradecerá bastante, le concedió ámplia licencia para espigar, en el rico y bellísimo verjel de sus producciones poéticas; tarea en verdad llena de dificultades, pues la eleccion era dudosa tratándose de poemas que llevan el sello de la perfeccion, cada uno en su género, y que son base firmísima de una escuela poética, que por todas partes, en la lírica, en el poema, en el

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

Luz que la edad descolora;
¿Mas no me escuchas traidora?
(Pero, señor, *si es tan niña*!....)

II.

—Conozco, abuela, en lo helado
De vuestra estéril razon
Que en el tiempo que ha pasado,
Ó habeis perdido ó gastado
Las llaves del corazon.
Si amor con fuerzas extrañas
A un tiempo mata y consuela,
Justo es detestar sus sañas;
Mas no amar, teniendo entrañas,
Eso es imposible, abuela.
¿Nunca soleis maldecir
Con desesperado empeño
Al sol que empieza á lucir,
Cuando os viene á interrumpir
La felicidad de un sueño?
¿Jamas en vuestros desvelos
Cerrais los ojos con calma
Para ver solas, sin celos,
Imágenes de los cielos
Allá en el fondo del alma?
¿Y nunca veis en mal hora,
Miradas que la pasion
Lance tan desgarradora,
Que os hagan llevar, señora,
Las manos al corazon?
¿Y no adorais las ficciones
Que al alma pasando deja
Cierta ilusion de ilusiones?
¿Mas no escuchais mis razones?
(¡Pero, señor, *si es tan vieja*!!...)

III.

—No entiendo tu amor, Lucía.
— Ni yo vuestros desengaños.
—Y es porque la suerte impía
Puso entre tu alma y la mia
El yerto mar de los años.
Ya la vejez destructora
Pronto templará tù afan.
— Mas siempre entónces, señora,
Buenos recuerdos serán
Las buenas dichas de ahora.
—Triste es el placer gozado!
—¡Más triste es el no sentido;
Pues yo decir he escuchado
Que siempre el gusto pasado
Suele deleitar perdido.
—Oye á quien bien te aconseja.
—Inútil es vuestra riña.
—Siento tu mal.—No me aqueja.
—(¡Pero, señor, *si es tan niña!...*)
—(¡Pero, señor, *si es tan vieja!...*)

GLORIAS DE LA VIDA.

¡Al fuego! cartas de adorados seres
Por quien la sangre derramé viviendo;
Arded á impulsos de esa luz, y ardiendo
Con vos se extinga *mi fatal pasion!*
¡Ved cuál la gloria de sus dulces rasgos
Se lleva el aire en fáciles despojos!
¡No su partida lamenteis, mis ojos,
Que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego! signos que sin fe trazaron
Falsas mujeres que adoraba ciego:
VICTORIA, OCTAVIA, INES... ¡al fuego! ¡al fuego!
¡Maldita sea *mi fatal pasion!*
—«¡Nadie en el mundo como yo te adora!»—
¡Arda á su vez la que tan bien mentia!
¡Ay, quién tal gloria al poseer diria
Que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego! enigmas de infernal sentido:
¡Digno sepulcro el desengaño os presta!
¡Cuán bien mi madre me alejaba en ésta
¡Del torpe error de *mi fatal pasion!*
—«¡Huye», dice «el amor, porque su gloria
Es pacto vil de la ilusion de un dia,
Y al fin verás, alma del alma mia,
Que humo las glorias de la vida son!»

VENTAJAS DE LA INCONSTANCIA.

Despues de amarla, olvídala, que el cielo
La inconstancia al amor le dió en consuelo.
PATRICIO M. DE RATON.

¡Ay! anoche te escuché
(El que escucha oye su mal),
Cuando á otro hombre por tu fe
Le jurabas fe eternal.
¡Imprudente!
Nadie quiere eternamente;
Que pase un mes y otro mes,
Y me lo dirás despues.
Aunque nuestro amor fué extraño,
Ya no lloro

Ni mi engaño ni tu engaño;
Pues no ignoro
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.

Despues ¡ingrata! ¿qué hiciste?
¿Fué el ruido de un beso aquel?
Bien te oí cuando dijiste:
—«No hice otro tanto con él.»—
¡Ay, Victoria,
Cuán frágil es tu memoria!
Ruega á Dios que siempre calle
Aquella fuente del valle...
Si me engañas, ya ántes ducho
Te engañé,
Porque, aunque me amabas mucho,
Yo bien sé
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.

Por último, ¡horrible paso!
Dijiste al partir de mí:
—«Es un...»—¡Ah! Mas por si acaso,
Lo dije yo ántes de tí.
Sí, gacela,
Aquí, el que no corre, vuela;
Lo que tú hoy de mí, yo ayer
Dije de tí á otra mujer.
Que los seres en amores
Adiestrados,
Todos son engañadores
Y engañados;

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION
DE LOS
MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XLVIII.

CAMPOAMOR.

POESÍAS ESCOGIDAS.

MADRID.
DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.º
1879.

Y al mundo voy que tú dejas,
Llevemos, pues, tú mis quejas,
Y yo tu llanto en las alas.
Y al mundo adonde me alejo,
Cuando le muestre tu llanto
Muestra mis ayes en tanto
Al cielo hermoso que dejo
Y ya que fatídico arde
De mi cautiverio el dia,
Queda adios, hermana mia.
—Hermana mia, Él te guarde.

NO HAY DICHA EN LA TIERRA.

De niño, en el vano aliño
De la juventud soñando,
Pasé la niñez llorando
Con todo el pesar de un niño.
Si empieza el hombre penando
Cuando ni un mal le desvela:
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

Ya jóven, falto de calma,
Busco el placer de la vida,
Y cada ilusion perdida
Me arranca, al partir, el alma.
Si en la estacion más florida
No hay mal que al alma no duela:
¡Ah!
La dicha que el hombre auhela,
¿Dónde está?

La paz, con ánsia importuna,
Busco en la vejez inerte,
Y buscaré en mal tan fuerte
Junto al sepulcro la cuna.
Temo á la muerte, y la muerte
Todos los males consuela.
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?...

LA VIRTUD DEL EGOISMO.

Si anoche no estuve, Flora
A adorar tu talle hermoso,
Es porque soy *virtuoso*,
Y me da el sueño á deshora.
¡Pecadora!
Ya le contaré á tu madre
Que, porque amo mi quietud
Y salud,
Dijiste hoy á mi compadre:
«¡Qué egoista es la virtud!»

¿Cómo he de ir con fe no escasa
A ver tus ojos serenos,
Si hay cien pasos por lo ménos
Desde mi casa á tu casa?
Y ¿qué pasa
Al hablarnos frente á frente?...
¿Qué?... tú mientes sin guarismo;
Yo lo mismo;
¿El no ir, por consiguiente,
Es virtud ó es egoismo?

Verbi gracia, el otro dia,
Al verte de mi amor harta,
Puse un bostezo de á cuarta
Entre un «paloma» y un «mia.»
Es falsía
La de bostezar amando;
Mas si hoy, con más pulcritud
Y quietud,
No he ido á amar bostezando.
¿Fué egoismo ó fué virtud?

Desde hoy no vuelvo á tu eden
A tomar, Flora, el sereno:
Si es por *egoismo*, — bueno,
Y si es por *virtud*, — tambien.
Sí, mi bien,
Esto haré por mi salud,
Aunque diga tu cinismo
Que es lo mismo
La gloria de la virtud
Que el triunfo del egoismo.

PROPÓSITOS VANOS.

—Padre, pequé, y perdonad
Si en mi amorosa contienda,
Se lleva el viento, á mi edad,
Propósitos de la enmienda.

EL CONFESOR

«¡Siempre es viento
A esa edad un juramento!
¿Qué pecado es, hija mia?»

LA PENITENTA.

El *mismo* del otro dia.
Y aunque es el *mismo*, id templando
vuestro gesto,
Pues dijo ayer, predicando,
Fray Modesto :
Que es inútil la más pura
Contricion,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazon.

— Ayer, padre, por ejemplo,
Tocó á misa el sacristan,
Y en vez de correr al templo,
Corrí á la huerta con Juan.

EL CONFESOR.

«¡Triste dón,
Correr tras su perdicion!...»

LA PENITENTA.

Sí, señor; mas dón tan vil,
De mil, lo tenemos mil.
No hay niña que á amar no acuda
Más que á misa;
Que el diantre, á todos sin duda,
Nos avisa
Que es inútil la más pura
Contricion,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazon.

— La verdad, tan poco ingrata
Con Juan estuve en la huerta,
Que, como él mirando mata,
Huí de él como una muerta.

EL CONFESOR.

«¡Dulcemente
Fascina así la serpiente!»

LA PENITENTA.

¡No lo extrañeis, siendo el pecho
De masa tan frágil hecho!
Si voy, cuando muera, al cielo
(Que lo dudo),
Ya contaré que en el suelo
nunca pudo
Sernos útil la más pura
Contricion,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazon.

—Y mañana, ¿qué he de hacer,
Padre, al sonar la campana,
Si él me dice hoy, como ayer:
«Vuelve á la huerta mañana?»

EL CONFESOR.

«¡Ay de vos!
¡Antes Dios y siempre Dios!»

LA PENITENTA.

Es cierto, mas entre amantes,
No siempre suele ser ántes.
Y en fin, si de ser cautiva
Me arrepiento,
O me absolveis miéntras viva,
O presiento
Que es inútil la más pura
Contricion,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazon

———

LA CIENCIA DE LA VIDA.

Amargando tu existencia,
De tu corazon en d ño,
Ya le enseñará esta ciencia
El libro *de a experiencia,*
Página *del desengaño.*
(E. Florentino Sanz.)

—Seguid; verémos á qué luz impura
Del porvenir el cáos se ilumina.

EL AGORERO.

Mas, ¿quién, desengañado, no adivina
De la vida el horóscopo fatal?
Siempre en mi ciencia se predicen bienes;
¡Dios los da al hombre con amor profundo!
Despues se augura un mal, porque en el mundo,
Tarde ó temprano, es infalible el mal.

—Seguid.

EL AGORERO.

Si á un triste le augurais su estrella,
Algun placer le aguraréis mintiendo;
Que, aunque nuestro hado es *esperar sufriendo,*
La esperanza, áun sufriendo, es celestial.
Y si su suerte predecís acaso
A los que mira compasivo el cielo,
Hacedles ver que en la orfandad del suelo,
Tarde ó temprano, es infalible el mal.

—Seguid.

EL AGORERO.

Sabréis mi dolorosa ciencia
Si grabais en la mente con empeño,
Que es el bien, por ser bien, *sueño de un sueño,*
Que el mal, sólo por serlo es *inmortal.*

Que nunca falta una ilusion gloriosa
Que alegre una existencia maldecida,
Y que en la paz de la más dulce vida,
Tarde ó temprano es infalible el mal.

VANIDAD DE LA HERMOSURA.

A Octavia.

Ni amor canto, ni hermosura,
Porque es ésta un vano aliño,
Y ademas,
Aquel una sombra oscura.

OCTAVIA.

—No es más que sombra el cariño?
—*Nada más.*
Esas flores con que ufana
Tu frente se diviniza,
Ya verás
Cuál son ceniza mañana.

OCTAVIA.

—¿Nada más son que ceniza?
—*Nada más.*
¿Y en tu contento no escaso,
Qué dirás que es un contento,
Qué dirás?

OCTAVIA.

—¿Nada más que viento acaso?
—¡Nada más, niña que viento,
Nada más!
En la edad de las pasion
A vueltas de mil enojos
Hallarás

Aire, sombras é ilusiones:
¡Nada más, luz de mi ojos,
Nada más!.....

PODER DE LA BELLEZA.

¡Me caso! Yo, que ódio eterno
Siempre profesé á este paso,
Como á un paso del infierno,
Ya cándidamente tierno.....
¿Podréis creerlo? ¡me caso!
Y pues ya amo á una mujer
(Siento decir que no miento)
Justo es que cante, y lo siento,
De la belleza el poder.

Yo que anduve transitorio
Toda España en derredor,
De un jolgorio á otro jolgorio,
Haciendo el Don Juan Tenorio
Con doncellas de labor;
Hoy mi indómita cabeza
A un yugo al fin se somete:
Aquí dió fin el sainete.....
Oh poder de la belleza!

Yo, que canté á cualquier hora:
«No me da pena maldita
Si tu pecho no me adora;
Que la mancha de una mora
Con otra *blanca* se quita»,
Peno por una mujer
Y (aparte) rabio de celos.
¡A tanto se extiende, cielos,
De la belleza el poder!

Yo, que amé en la edad florida
Cada *cien* dias á *ciento*,
¡Ya hace un *mes* que mi querida
Es aliento de mi vida,
Es la esencia de mi aliento!
Un mes en mí de terneza
Es de treinta años emblema;
Es la vida.. .. es el poema
Del poder de la belleza.

¡Con mi triste casamiento
(Mis ex-amadas, mi ex-gloria),
Ya nos arrebata el viento
Tanto amor que ha sido historia,
Tanta historia que fué cuento!
Mas todo es sueño, á mi ver,
En esta vida traidora;
Sólo es real, á cuartos de hora,
De la belleza el poder.

¡Ya no os daré cantilenas,
Jugando al toma y al daca,
Pelo, anillos ni cadenas,
Ni tantas cosas, tan buenas
Para hacer nidos de urraca!
¡Y á fe que es necia flaqueza
Que, ganando mil ventajas,
Sólo estribe en zarandajas
El poder de la belleza!

Pues me caso, Satanás,
Haga á mi esposa, ó Dios la haga,
No pedir cuentas de atras.
Pues *si el que la hace la paga.....*
¡Santo Cristo de Candás!

Si expiacion llega á haber,
Siendo, cual la muerte, fuerte,
Es horrible, cual la muerte,
De la belleza el poder.

¡Dios! á quien ofendo impío,
Dad á tanto error disculpa;
Perdonad mi desvarío:
¡Por mi culpa, padre mio;
Por mi grandísima culpa!
No os vengueis de quien si empieza
Cantando la palinodia
Loa en tono de salmodia,
El poder de la belleza.

Desde hoy mis glorias de amante
Se concretarán, Dios mio,
A tener en adelante
Una mujer que me espante
Las moscas en el estío.
No extrañeis que cual placer
El no *ver moscas* os nombre,
Que á tal punto humilla al hombre
De la belleza el poder.

Hoy mi pecho, en conclusion
Pide perdon y perdona
A cuantas fueron y son.....
Desde Lisboa á Pamplona,
Desde Sevilla á Gijon.
Y hoy, en fin, mi bien empieza
O empieza mi mal acaso:
De cualquier modo, ¡me caso!
¡Victoria por la belleza!

LA COMPASION.

—Niña, ¿por qué desvelada
Suspiras con tal empeño?
—El por qué, madre, no es nada
Sólo me siento hostigada
Por las quimeras de un sueño.
—El rostro, niña, sepulta
En la holanda, que el espanto
Viendo las sombras se abulta.
—Así derramaré, oculta,
Entre sus pliegues mi llanto.
—Pronto, la noche ahuyentando,
Llamará el alba á la puerta.
—Pues vendrá en vano llamando
Que si ahora duermo soñando,
Despues soñaré despierta.
—¡Ay, que si el mundo ve ya
De una niña el mal profundo,
Que es amor en decir da!
—Pues sus razones el mundo
Para decirlo tendrá.
—¿Y en qué livianas razones
Estriba el mal que te aqueja?
—En unas tristes canciones
Que, de una lira á los sones,
Alzaba un hombre á mi reja.
Entré afligida en el lecho,
Quedé traspuesta, y entónces
Sonó un ruido á poco trecho,
Que ¡cuál llagaria el pecho
Cuando ablandaba los bronces!
Desperté á oirle, y la lira
No alegró la soledad;

Y ahora mi pecho suspira
No sé si porque es mentira,
O porque no fué verdad.
—¿Mas quién alzó las querellas?
—Soñé que era un peregrino.
¡Ay de las tristes doncellas,
Si al proseguir su camino
Puso los ojos en ellas!
—¿Un peregrino, alma mia,
Cantaba en llanto deshecho?
—Y soñé que era el que un dia
Buscó albergue en nuestro techo
Por tormenta que hacía.
Nieves y cierzo arrostrando,
Húmedos ya sus despojos,
Vino á la puerta llamando;
Y yo se la abrí, mostrando
La compasion en los ojos.
—¿De cuándo acá te se alcanza
Recordar tal desacuerdo?
—Dejadme en mi bienandanza:
¡Bella será una esperanza,
Pero es muy dulce un recuerdo!
Aun me ocupa la memoria,
Cuando la lumbre cercando,
Entre ilusiones de gloria,
Una historia y otra historia
Me fué, amorosas, contando.
Siempre en ella se moria
Uno que á su ingrato bien
Como á sus ojos queria;
Mas no me contó que habia
Hombres ingratos tambien.
Dióme con chistes discretos,
Conchas, cruces y regalos,

Y mágicos amuletos,
Que por instintos secretos
Daban pavor á los malos.
  Y los gustos de la vida
Me ponderaba halagüeño,
En plática tan sentida,
Que cual si fuese beleño
Me iba dejando dormida.
  Y mi amante pesadumbre
Prosiguió astuto aumentando,
Hasta que el postrer vislumbre
Débil lanzando la lumbre
Se fué la sombra espesando.....
  —¿Por qué entonces de su fuego
Rémora no fué tu calma?
—Creí sus perfidias luégo,
Porque acompañó su ruego
Con un suspiro del alma.
  —¿Y fuiste, al rayar el dia,
Su ruta, niña, á inquirir?
—En vano fuí, madre mia;
Ya el sol derretido habia
La nieve que holló al partir.
  Corriendo desalentada,
Fuí de lugar en lugar...
—¿Y qué hallaste, desgraciada?
—Al cabo de la jornada
Hallé el placer de llorar.
  —¿Cuál genio, en tan triste dia.
A escuchar su frenesí
Mas ciega que él te impelia?
—La *compasion*, madre mia...
—¿Y quién la tendrá de tí?

CORTA ES LA VIDA.

Paróse, una voz sentida
Cierto viajero escuchando,
Y vió un ave, que rendida
Al pié de un árbol, piando
Triste exhalaba la vida.
Y al ver que, al árbol querido
Mirando desde la grama,
Alzaba el postrer gemido
Hácia la flexible rama,
Do áun columpiaba su nido,
«Hé aquí, dijo en su sorpresa,
La imágen de la fortuna:
Vagando sin ley alguna,
Al fin hallamos la huesa
Al mismo pié de la cuna.»
Y alejándose al momento,
Por templar su mal no escaso,
Añadió en su pensamiento:
«¿Cuánto las separa?—*¡un paso!*
—¿Y qué media entre ambas?—*¡viento!*»

EL CONCIERTO DE LAS CAMPANAS.

(Para música.)

Por un *nacido* allí imploran,
Y aquí por un *muerto* lloran:
Cuando allí tocando están
¡Din, don, din, dan!
Tocan aquí en bronco són.
¡Din, dan, din, don!

Allí un *vivo*, y aquí á un *muerto*.

Así calcula sus males
Nuestra condicion humana.
¡Maldicion
Sobre tan vil condicion!
No hay más deudos ni parientes
Que las muelas y los dientes.....
¡Ay, dí á tu amiga, *Pastor*,
Que, si muere,
De nadie gloria ni amor
Nunca espere;
Pues llenando el ataud
Do le encierran,
Con amor, gloria y virtud,
¡Al que se muere, le entierran!

VAGUEDAD DEL PLACER.

I.

«Al que ántes cumpla su anhelo,
Logrando la dicha extrema
De dar á su sien diadema
Hecha de luces del cielo.»
Así una turba ligera
De niños baja diciendo,
Tocadas del íris viendo
Las aguas de una pradera.
Siguen el monte esquivando,
Y crece su empeño loco,
En tanto que poco á poco
Va el íris su luz menguando.
Y ya que de su ornamento
Creian la sien orlada,
Vieron su luz disipada

Como fantasma en el viento.
—«*¿Cómo es?*»—Desde el monte erguido
Preguntan cuantos los miran;
Y alzan los ojos, suspiran,
Y les responden:— *¡Ya es ido!*
—«¡Mentira!»—Bajan diciendo
Los que ven clara su lumbre,
Y en tanto ganan la cumbre
Mustios los otros subiendo.

II.

Porque sus lindos reflejos
Son, al tocarlos, ficciones,
Cual son de cerca ilusiones
Las que venturas de léjos.
El íris, siempre inconstante,
Se va mostrando inseguro;
A los que bajan, oscuro,
Y á los que suben, brillante.
—*¿Cómo es?*—En ronco alarido
Gritan los ántes burlados.
Y los de ahora extasiados,
Tristes responden: — *¡Ya es ido!*
—«¡Mentira!»—Dicen bajando
Los que poco ántes mintieron;
Y á los de abajo se unieron
Prestos el monte esquivando.

III.

Juntos con pueril anhelo
Se agitan con ánsia ardiente,
Corriendo de fuente en fuente
Tras los matices del cielo
Y todos dando á cuál más
Gusto á su pecho anhelante,

Unos gritan: —*¡adelante!*
Y los de adelante:— *¡atras!*
Y así sin órden ni guía,
Aquí y allí discurrieron,
Y ni allí ni aquí le vieron,
Y en todas partes lucia.
Y al verle desvanecido,
Con más vergüenza que enojos,
Vueltos al cielo los ojos,
Exclaman todos: — *¡Ya es ido!*

IV.

Así en eterno cuidado,
Aquí y allí nuestro intento
Corre fugaz por el viento
Tras un placer nunca hallado.
Que el hombre en su desacuerdo
Llama al verle en lontananza,
Si es delante, una esperanza,
Y si es detras, un recuerdo.
Y áun no marcó en su sentido
El gusto una vana huella,
Cuando imprecando su estrella
Suspira y dice: —¡Ya es ido!

ULTIMAS ABJURACIONES.

¡Voy á morir! Prenda del alma mia
Este el centon de mis quimeras es;
Leed, leed, y de la gloria impía
De tanto error abjuraré despues.

EL HIJO (*Leyendo.*)

«Cuna de rosas al nacer hallamos.»

EL PADRE.

¡Mentira! abrojos al nacer nos dan.

EL HIJO.

«Rosas la vida al comenzar hallamos.»

EL PADRE.

¡Falso! los piés por entre abrojos van.

¡Voy a morir! Las bárbaras memorias
Que al fin amargan de mis horas ved:
Cúmulo abyecto de entrañables glorias,
Leed, por Dios, y escarmentad; leed:

EL HIJO.

«Su vida el hombre de ilusiones puebla.»

EL PADRE.

¡Ay! necio error á la ilusion llamad.

EL HIJO.

«Huye la edad de la razon cual niebla.»

EL PADRE.

¡Horror! pasad, horas sin fin, pasad.

¡Voy á morir! De nuestra vida escasa,
Pasa en engaños la primer mitad;
La otra mitad en desengaños pasa:
¡Nunca olvideis esta cruel verdad!

EL HIJO.

«¡Triste es dejar del mundo la presencia!»

EL PADRE.

¡Mundo, os doy ledo mi postrer adios!

EL HIJO.

«Perece el bienestar con la existencia.»

EL PADRE.

¡Muerte, del hombre el bienestar sois vos!

QUIEN MAS PONE, PIERDE MAS.

Es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.

Este refran que te canto,
Tiene, amor mio, tal arte,
Que su verdad á probarte
Con una *conseja* voy.
Fué una niña de quince años
El duende de esta conseja,
Y aunque la niña ya es vieja,
Aun dice entre angustias hoy:
Que es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.

Tuvo la niña un amante
A quien, idólatra un dia,
«Te he de querer», le decia
Hasta despues de morir.
«Y si con Dios avenida,
Corta mi aliento la muerte,
Dejaré el cielo por verte»
Tal dijo, sin advertir
Que es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.

Murió la niña, y cumpliendo
De su antiguo amor los gustos,
Dejó el país de los justos,

Y al mundo el vuelo tendió;
Y cuando alegre á su amante
Con alas de ángel cubria,
«¿Ves cuál dejé?» le decia,
«Él cielo por tí?» Mas ¡oh!
Que es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.

Durmió el ángel á su lado;
Y de otra esfera anhelante,
Sus alas cortó el amante,
Y en ellas al cielo huyó.
Y al encontrarse la niña
Víctima de un falso trato,
Llorando vió que el ingrato,
Subiendo al cielo cantó:
Es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.

BENEFICIOS DE LA AUSENCIA.

Agur, Irene; hasta cuándo,
No te lo podré decir;
Por Dios que al verme llorando,
Ganas me dan de reir.
¡Quién creyera,
Flor de mi natal ribera,
Que si lloro á los dos pasos,
Me reiré á los tres escasos!
Esto me recuerda, Irene,

Que algun dia
Leí contigo una *Higiene*
Que decia
Que, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia,
Que cura males de amor.

Ya te escribiré, mi bien,
Cuantas penas me atormenten,
Aunque, *á ojos que no ven,*
Corazones que no sienten.
¡ Qué infinito
Será tu amor.... *por escrito!*
Mas dice Santo Tomás,
Que *ver y creer*, y no más.
Este refran no te corra,
Advirtiendo
Que *el tiempo todo lo borra,*
Y sabiendo
Que, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

«¡ Qué yertas son las francesas!»
Te diré todos los dias ;
« ¡ Qué heladas! » si son inglesas,
Y si italianas « ¡ qué frias! «
Y entre tanto,
Mil y mil serán mi encanto.
¡ Ay, cubren tanta ficcion
Las alas del corazon !
Hermosa Irene, ten calma;
¿ Por qué lloras?
No llores, prenda del alma,

Pues no ignoras
Que, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

Parto por fin, ya amanece;
Adios, alma de los dos;
Ruega á Dios que no tropiece
Por esos mundos de Dios.
Si hoy te adoro
Con la obstinacion de un moro,
Tal vez me ablande mañana
El fuego de otra cristiana.
Sí, que aunque este amor es cierto,
¡Ay! presumo
Que el amor de un *ido* ó un *muerto*
Siempre es humo;
Pues, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

ADIOS PARA SIEMPRE.

A Carolina.

—Porque no infiel juzgueis á mi memoria,
Aunque os digo *por siempre* al huir de vos,
La eternamente lamentable historia
Vais á escuchar de mi primer *adios.*
—« Era una niña, como vos, afable,
Lozana, y pura y celestial cual vos. » —
¡Quién al dejar un sér tan adorable,

Podrá decirle: *para siempre adios!*
—«Partí... y la fama me contó su muerte.»
¡Guárdeos el cielo de su suerte á vos!
Y al recordar su abominable suerte,
Dejad que os diga: *¡para siempre adios!*
Pues siempre, herido de dolor tan fiero,
Desde aquel dia, como ahora vos,
A cuantos seres con el alma quiero,
¡Adios, les digo, *para siempre adios!*

HISTORIA DE UN AMOR.

Así cuando acosado el pensamiento,
Evoca en su favor rancias historias,
Son para su tormento
Un nuevo torcedor del sentimiento
De los triunfos de amor las muertas glorias.
(MARIANO CAZURRO.)

I.

Deseo.

—Roman, tu ciencia es incierta;
Me ha dicho quien bien lo sabe,
Que es la pureza una llave
Que abre del cielo la puerta.
—Victoria, por Dios, ahora
De la juventud gocemos,
Porque despues que espiremos
Lo que ha de pasar se ignora
—No gozo por no penar.
—Pues es igual, á mi ver,
Gozar para padecer
Que padecer por gozar.
Si Dios nos cierra su gloria,

En el infierno, algun dia,
Será inmortal, alma mia,
De este placer la memoria.
Porque un recuerdo tan fuerte,
De tan grande bienandanza,
Traspasa, cual la esperanza,
Los límites de la muerte.
Hoy mis deseos coronas
Del favor más soberano,
Con esta trémula mano
Que en tu embriaguez me abandonas.
Deja que en ánsia tan loca
Una mi frente á tu frente,
Porque me ahoga el ambiente
Que no perfuma tu boca.
Pon en tu blando extravío,
Para calmar mis antojos,
Tus ojos junto á mis ojos,
Tu corazon junto al mio.

II.

Placer.

Es imposible, Victoria,
Que haya un tormento
Que me haga olvidar la gloria
De este momento.
No; quien dicha tan cumplida
Á ver llegó,
Ni en la eternidad la olvida.
—¡Ay, no! ¡Ay, no!
Mi sér de tu sér recibe
Mutuos placeres,
Y pues uno en otro vive,
Nuestros dos seres,

En tan dulce parasismo,
¿No es cierto, dí,
Que son partes de un sér mismo?
—¡Ay, sí! ¡Ay, sí!
Si cuestan horas serenas
Penas sin cuento,
Vale un infierno de penas
Este momento.
Dí si en tu virtud pasada
Tu alma encontró
Satisfaccion más colmada.
—¡Ay, no! ¡Ay, no!
Modera tu ardor, querida,
Por un instante,
Que no hay deleite en la vida
Más adelante...
¡Victoria!—¡Roman!—La muerte
A mí—y á mí—
Hállenos ¡ay! de esta suerte.
—¡Ay, sí! ¡Ay, sí!

III.

Hastío.

¡Pasó! La hiel de un repugnante hastío
Ya en tu indolencia paladeando vas;
Jamás mi fe te apagará, bien mio,
Ese rubor que devorando estás.
—¿Jamás?
—*¡Jamás!*

¡Pasó! Yo he abierto el insondable abismo
Do tu inocencia sepultando irás:
El placer es verdugo de sí mismo;
Jamás el gusto sin dolor verás.

—¿Jamás?
—¡*Jamás!*

¡Pasó! Por culpa de un fugaz contento,
Siendo ludibrio de tí misma estás:
Ya el puñal de un atroz remordimiento
¡Perdon! *Jamás* léjos de tí verás.
—¿Jamás?
—¡*Jamás*, paloma sin candor, *jamás...!*

TODOS SON UNOS.

I.

Voy á contaros la historia
De una entrañable pasion,
Aunque se haga, á su memoria,
Pedazos mi corazon.
Que hay historias que, aunque pasan,
Por siempre, á nuestro despecho,
Los ojos en llanto arrasan,
Y ayes arrancan del pecho.
Pues siempre entre las pasiones
Hay una á cuyos reveses
Se agostan las ilusiones,
Como al estío las mieses.
Cuento la historia querida
De esa pasion desgraciada
Que, aunque amarga á nuestra vida,
Sin ella la vida es nada.
Pues tras de ese amor tan tierno,
Siempre queda en la memoria
Todo el dolor del infierno,
Todo el placer de la gloria.

No hay hombre que, afortunado,
Toda su vida, la idea
De un bien querer mal pagado
Su eterno dogal no sea.
Si la mujer con rigores
Paga tan tiernos quereres;
Si es tan cruda en sus amores,
Hombres, *¡lo que son mujeres!*

II.

Pues cuento de amor historias,
Copiaré letra por letra
El libro en que sus memorias
Grababa la hermosa Petra.
Despues de amar con locura,
Tuvo de morir la suerte;
Que hay males que sólo cura
El bálsamo de la muerte.
Petra, cual dije al principio,
Su historia dejó al mundo hecha,
Y en ella hasta el menor ripio
Es para el alma una flecha.
Pues no hay sensible lectora
Que, al repasar sus anales,
Si á todo llorar no llora,
No exclame! «Aquí de mis males.»
Pues llega en ella á hacer ver,
De su ciencia en testimonio,
Que es un *ángel* la mujer,
Y que es el hombre un *demonio.*
Y despues que al hombre injuria
Con frases por el estilo,
De este modo el ángel-furia
Coge de su historia el hilo:
«Que no hay fe en hombres contemplo

(Prosigue la hermosa Petra),
Y son de esto buen ejemplo,
Pablo, Juan, Luis, Diego... », etcétera.
De esta manera injuriando
Sigue nombres tras de nombres,
Y al fin concluye exclamando:
Mujeres, *¡lo que son hombres!*

III.

Si á los dos sexos igualo,
Es porque infiero con pena
Que, si es el hombre *algo malo*,
Es la mujer *no muy buena.*
Donde las toman, las dan,
Asienta un refran de amor;
Y cual dice otro refran,
A un pícaro, otro mayor.
A buena fe, *mala* fe;
A un *adelante* un *arredro*;
Quien más mira, ménos ve;
Tan bueno es Juan como Pedro.
Con cuyos versos, acaso
Probar á los hombres plugo
Que el que es *víctima* en un paso,
En otro paso es *verdugo.*
Por eso sé que, al que falso
A una mujer asesina,
Le han de servir de cadalso
Las rejas de otra vecina.
Y la que dice «no quiero»,
Cuando *amor* la canto amante,
Sé que amará á otro coplero,
Aunque *epitafios* la cante.
Porque esta es la ley más triste
Que impone amor justiciero:

Cuando quise, no quisiste,
Y ahora que quieres, no quiero.
Pues hombre y mujer son seres
Con fe igual y varios nombres,
Hombres, *¡lo que son mujeres!*
Mujeres, *¡lo que son hombres!*

LA DICHA ES LA MUERTE.

¡Sarcasmo ruin de la suerte
Para el alma dolorida,
No ver hermosa la vida
Sino al dintel de la muerte!
(E. Florentino Sanz.)

I.

—¡Niño! á quien guarda el maternal cuidado,
Pues que mi pecho tras la dicha va,
Tal vez la dicha encontraré á tu lado.

LA MADRE.

—«¡Llorando el niño entre mi seno está:
Id más allá!...»

II.

—¡Hermosas! solo en extranjera tierra,
Prestadle dicha á quien tras ella va,
Pues tantas dichas vuestro amor encierra.

LAS HERMOSAS.

—«¡Triste del sér que idolatrando está:
Id más allá!»

III.

—¡Magnates! hoy vuestra piedad imploro;

Loco mi pecho tras la dicha va;
Si el oro da la dicha, prestadme oro.

LOS MAGNATES.

—«Ved que amagándoos el puñal está:
Id más allá!»

IV.

—¡Ancianos! presa de infernal batalla
Mi pecho en pos de la ventura va,
¿Ni al borde mismo de la tumba se halla?

LOS ANCIANOS.

—«¡Ni al borde mismo de la tumba está:
Id más allá!....»

LA OPINION.

Á mi querida prima Jacinta White de Llano, en la muerte de su hija.

¡Pobre Carolina mia!
¡Nunca la podré olvidar!—
Ved lo que el mundo decia
Viendo el féretro pasar:
Un clérigo: — «Empiece el canto.»
El doctor: — «¡Cesó el sufrir!»
El padre: — «¡Me ahoga el llanto!»
La madre: — «¡Quiero morir!»
Un muchacho: — «¡Qué adornada!»
Un jóven: — «¡Era muy bella!»
Una moza: — «¡Desgraciada!»
Una vieja: — «¡Feliz ella!»
— «¡Duerme en paz!»—dicen los buenos,
— «¡Adios!» — dicen los demas.

Un filósofo: — «¡Uno ménos!»
Un poeta: — «¡Un ángel más!»

¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!

—Escribidme una carta, señor cura.
—Ya sé para quién es.
—¿Sabeis quién es, porque una noche oscura
Nos visteis juntos?—Pues.
—Perdonad, mas...—No extraño ese tropiezo,
la noche... la ocasion...
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:
Mi querido Ramon:
—¿Querido?.. Pero, en fin, ya lo habeis puesto...
—Si no quereis...—¡Sí, Sí!
—*¡Qué triste estoy!* ¿No es eso?—Por supuesto.
—*¡Qué triste estoy sin tí!*
Una congoja al empezar me viene...
—¿Cómo sabeis mi mal?....
—Para un viejo una niña siempre tiene
El pecho de cristal.
¿Qué es sin tí el mundo? Un valle de amargura.
¿Y contigo? Un eden.
—Haced la letra clara, señor cura,
Que lo entienda eso bien.
—*Y si volver tu afecto no procura,*
Tanto me harás sufrir...
—¿Sufrir y nada más? No, señor cura,
Que me voy á morir.
—¿Morir? ¿Sabeis que es ofender al cielo?...
—Pues, sí, señor, morir.
—Yo no pongo morir.—¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!
¡Señor rector, señor rector! en vano

Mé quereis complacer.
Si no encarnan los signos de la mano
Todo el sér de mi sér.
Escribidle, por Dios, que el alma mia
Ya en mí no quiere estar,
Que la pena no me ahoga cada dia
Porque puedo llorar.
Que mis labios, las rosas de su aliento,
No se saben abrir;
Que olvidan de la risa el movimiento
A fuerza de sentir.
Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
Cargados con mi afan,
Como no tienen quien se mire en ellos
Cerrados siempre están.
Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
La ausencia el más atroz.
Que es un perpétuo sueño de mi oido
El eco de su voz...
Que siendo por su causa, el alma mia
Goza tanto en sufrir!...
Dios mio, ¡cuántas cosas le diria
Si supiera escribir!...

AMAR AL VUELO.

A la niña Asuncion de Zaragoza y del Pino.

I.

Así, niña encantadora,
Porque tus gracias no roben
Las huellas que el tiempo deja,
Juega como niña ahora,

Como niña cuando jóven,
Como jóven cuando vieja.
Por mis muchos desengaños,
Te ruego, Asuncion querida,
Que ames miéntras tengas vida
Como amas á los seis años:
Justamente, de ese modo;
Amando desamorada;
Así, no queriendo nada,
Esto es, queriéndolo todo;
Anhelante y sin anhelo,
Ya resuelta, ya indecisa,
Pasa de la risa al duelo,
Pasa del duelo á la risa,
Así, de prisa, de prisa,
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

II.

Sé amorosa y nunca amante;
Lleva á la vejez tu infancia;
Sé constante en la inconstancia,
O en la inconstancia constante:
Que en amor creen los más duchos
Contra los que son más locos,
Que en vez de los pocos muchos
Valen más los muchos pocos:
Y cuando tu labio bese,
Que formule un beso insípido,
Inerte, estentóreo y rápido...
Pues, así; lo mismo que ese.
Nunca beses como loca;
Besa como una loquilla;
Jamas... jamas en la boca,
Siempre, siempre en la mejilla;
Ten presente que la abeja,

Queriendo entrañar la herida,
La desventurada deja
Entre la muerte la vida.

III.

¡Sí! si lo mismo que hoy eres
La hermosa entre las hermosas,
Ser miéntras vivas quisieres,
Dichosa entre las dichosas,
Tal ha de ser tu divisa:
Amar muy poco y de prisa
Como hacen las mariposas:
Aunque no importa realmente
Que ames infinitamente
Si amas infinitas cosas.

IV.

Son tan cuerdos mis consejos,
Que me atreveré á jurarte
Por mis ojos, que, aunque viejos,
Aun, Asuncion, al mirarte
Aspiran á ser espejos,
Que aplicando estos consejos
A mi vejez, todavía
Pienso curar, hija mia,
De mi corazon las llagas:
Llagas ¡ay! que no tendria
Si yo hubiese hecho algun dia
Lo que te aconsejo que hagas.

V.

Para ver si es verdadero
Lo que un apóstol revela,
«Que lo fijo es pasajero,
»Que sólo es real lo que *vuela*»,

Vuelve el rostro, hermosa niña,
Como ese cielo sereno,
Ya al cielo, ya á la campiña,
Y verás de una mirada
Que es lo más rico ó más bueno,
Lo que vuela ó lo que nada,
Como la espuma en los mares,
En el cielo los fulgores,
El incienso en los altares,
En los árboles las flores,
Los celajes en el viento,
En el viento los sonidos,
La vida en nuestros sentidos,
Y en la vida el pensamiento.

VI.

Sigue el plan á que te exhorto
Amando *al vuelo:* hazte cargo
Que el viaje es largo, muy largo!...
Y el tiempo corto, muy corto!...
Sé ligera, no traidora;
Sopla el fuego que no abrasa;
Quiere, como el que no quiere:
Sea siempre como ahora
Tu llanto nube que pasa,
Tu risa luz que no muere:
Ama mucho, mas de modo
Que estés siempre enamorada
De un cierto todo que es nada,
De un cierto nada que es todo.
Si ries, olvida el duelo,
Si lloras, pasa á la risa,
Así... de prisa, de prisa;
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

EL BESO.

I.

Me han contado que, al morir
Un hombre de corazon,
Sintió, ó presumió sentir,
En Cádiz repercutir
Un beso dado en Canton.
¿Qué es imposible, Asuncion?
Veinte años hace que dí
El primer beso ¡ay de mí!
De mi primera pasion...
Y todavía, Asuncion,
Aquel frio que sentí
Hace arder mi corazon.

II.

Desde la ciega atraccion,
Beso que da el pedernal,
Subiendo hasta la oracion
Último beso mental,
Es el beso la expansion
De esa chispa celestial
Que inflamó la creacion,
Y que en su curso inmortal,
Va de crisol en crisol
Su intensa llama á verter
En la atmósfera del sér
Que de un beso encendió el sol.

III.

De la cuna al ataud
Va siendo el beso á su vez,
Amor en la juventud,

Esperanza en la niñez,
En el adulto *virtud*,
Y *recuerdo* en la vejez.

IV.

¿Vas comprendiendo, Asuncion,
Que es el beso la expresion
De un idioma universal,
Que en inextinto raudal,
De una en otra encarnacion,
Y desde una en otra edad,
En la mejilla es *bondad*,
En los ojos *ilusion*,
En la frente *majestad*,
Y entre los labios *pasion*?

V.

¿Nunca se despierta en tí
Un recuerdo, como en mí,
De un amante que se fué?...
Si me contestas que sí,
Eso es un beso, Asuncion,
Que en alas de no sé qué
Trae la imaginacion.

VI.

¡Gloria á esa oscura señal
Del hado en incubacion,
Que es el gérmen inmortal
Del alma en fermentacion;
Y á veces trasunto fiel
De todo un mundo moral;
Y si no, dígalo aquel
De entre el cual y bajo el cual
Nació el alma de Platon!

VII.

¡Gloria á esa condensacion
De toda la eternidad;
Con cuya tierna efusion
A toda la humanidad
Da la paz la religion;
Con la cual la caridad
Siembra en el mundo el perdon!
Himno á la perpetuidad,
Cuyo misterioso són,
Sin que lo oiga el corazon,
Suena en la posteridad!

VIII.

¿Vas comprendiendo, Asuncion?
Mas por si acaso no crees
Que el beso es el conductor
De ese fuego encantador
Con que este mundo que ves
Lo ha animado el Criador...
Prueba á besarme, y despues
Un beso verás como es
Esa copa del amor
Llena del vital licor
Que en el humano festin
De una en otra boca, al fin
Llega, de afan en afan,
A tu boca de carmin.
Desde los labios de Adan.

IX.

Prueba en mí, por compasion,
Esa clara iniciacion
De un oscuro porvenir;

Y entónces, bella Asuncion,
Comprenderás si, al morir
Un hombre de corazon
Habrá podido sentir
En Cádiz repercutir
Un beso dado en Canton.

¡MÁS!... ¡MÁS!...

I.

¡Brindemos por Salomon,
Que con tan cuerdo saber
Nos pinta la condicion
Del alma de la mujer!
Ved, por ejemplo, á Leonor,
Que ya del Rhin á merced,
Ve girar en derredor
Los frescos de la pared,
Y cansada de gozar,
Aunque no harta de sentir,
Llena de pasion quizás,
Y sin quizás de elixir,
Sintiéndose derrumbar
Á una postrer libacion,
¡Oh insaciable corazon!
Aun dice en sueños: ¡Más!... ¡Más!...

II.

¡Más! ¡Más! suprema explosion
Del pensar y del sentir,
Misteriosa evocacion
De un oscuro porvenir,

Prolífica emanacion
Que, entre gozar y sufrir,
En eléctrica ascension
Corre en eterna espiral
De eslabon en eslabon
Una cadena inmortal.
¡Más! divina aspiracion
Á otra trasfiguracion,
Como así nos lo hacen ver,
En perpétua evolucion
Las gramas con germinar,
Las flores con florecer,
Los frutos con madurar,
Los árboles con crecer;
Y en su anhelo de llegar
Á más alto porvenir,
Cuanto siente, con sentir,
Llega como el hombre á amar·
Y el hombre, supremo sér,
De todo infinito en pos,
Con pensar y con querer
Sube á arcángel, y ademas
Llega hasta embeberse en Dios.
¡Más! alma mia, ¡Más!... ¡Más!

III.

¡Rhin! El *más*, en conclusion,
Es el anhelo eternal
De toda la creacion,
Siendo en fuerza desigual,
En la materia atraccion;
Tendencia en el vegetal;
En lo vital sensacion;
Pensamiento en lo humanal:
¡Más! como alma, es religion;

Como espacio, inmensidad;
Como cuerpo, corazon;
Como tiempo, eternidad;
Y entre amar y florecer,
Entre pensar y sentir,
A un fin aspira mejor,
Cuanto fué, y es, y ha de ser.
Ya fruto, ya árbol, ya flor,
¡Elixir, *más* elixir!
¡Bríndis!... al *más* de Leonor.

IV.

¡*Más* de todo! ¡Venga Rhin!
¡*Más* aire! Abrid el balcon,
Y verémos la extension
De esa Australia celestial,
Cuyas islas de coral
Las piedras miliarias son,
Con que el principio sin fin
Marca la imaginacion
De ese insondable caudal,
De esa eterna sucesion,
Que no tienen fin jamas,
Tiempo y espacio, expresion
Del *más*, ¡del último *más!*...

V.

¡Rhin! ¿*Más* en el tiempo que es?
Contad un dia y un mes,
Luégo un siglo, despues mil,
Siglos de siglos despues
Con la cabeza febril
Por siglos multiplicad;
Y despues que acumuleis
A toda una eternidad,

Si no amengua vuestro ardor
Jamas, jamas, jamas,
Aun acumular podeis
Cien eternidades más
Del postrer jamas al fin...
¡Siempre *más!* ¡Gloria á Leonor!
Rhin, Ganimédes, *más* Rhin...

VI.

¡Rhin, Rhin! como en la evasion
Del tiempo que se nos va,
Tambien se halla en la extension
Ese eterno más allá;
Sumad un mundo, dos, tres,
Y cuatro, y mil, y un millon,
Y mil millones despues,
Y hallaréis, en conclusion,
De vuestras sumas al fin,
Del postrer mundo al traves,
Siempre otro mundo detras...
¡Rhin, Gaminédes, *más* Rhin!...
¡Más! ¡mucho *más!!* ¡mucho *más!!!*

COSAS DEL TIEMPO.

Pasan veinte años; vuelve él,
Y al verse exclaman él y ella:
(—¡Santo Dios! ¿Y éste es aquél?...)
(—¡Dios mio! ¿Y ésta es aquélla?...)

TODO ESTÁ EN EL CORAZON.

La Reina, que enloquecia
Por don Felipe el Hermoso,
La tumba al ver de su esposo,
—«¡Todo está allí!»—se decia.
Sus restos exhumó un dia,
Mas nada allí vió; y así
Y en vez del—«todo está allí»,—
Desde tan triste ocasion,
Señalando al corazon,
Decia:—«¡Todo está aquí!»—

¿QUÉ ES AMOR?

¿Dudando, Enriqueta, tu pura inocencia,
Si amor, que áun no sientes, es dicha ó dolor,
Pretendes que diga mi amarga experiencia
¡Feliz, pues lo ignoras! ¿qué cosa es amor?
¡Alzad de las tumbas, y al par de la brisa
Cruzad, bellas sombras, dejando el no ser!
La Estuardo, Francisca, Lucrecia, Eloisa,
¡Dementes sublimes! decid, ¿qué es querer?
«Querer, un misterio», comienza la Estuardo,
«Que á dos funde en uno, partiendo uno en dos.»
¿Qué son tus amores, amor de Abelardo?
«Infierno de dichas y cielo sin Dios.»
«No amar, siendo amada», prosigue, «no es vida;»
No ser nunca amante ni amada, es *no ser*;
Querer, el *infierno*, no siendo querida;
Mas, siendo querida la *gloria* es querer.»
¡Perdona, oh perpétuo pudor de la historia,

Perdona á mi musa, si evoca en tropel
Los nombres que fueron escándalo ó gloria:
Cleopatra, la Cava, Teresa, Raquel!
 Dejad los sepulcros, falange divina,
Tomando á mi acento las formas de sér:
Elena, Artemisa, Judith, Mesalina,
¡Honor ó vergüenza! decid, ¿qué es querer?
 Decidme si es fiebre que el alma envenena,
O sólo un deleite que se une al pudor:
Semíramis, Safo, Ninon, Magdalena,
¡Falsarias eternas! ¿qué cosa es amor?
 Teresa la Santa, más bien la divina,
«Amor», dice, «junta ternura y deber.»
«Amar es», replica la vil Mesalina,
«Hallar el descanso cansando el placer.»
 «Amor pierde», dicen la Cava y Elena,
«La fé y patria siempre, los goces jamas.»
«Es», dice gimiendo de amor Magdalena,
«Gozar mucho, y luégo llorar mucho más.»
 Y Safo, con fiebre de amor que no espera,
«Morir por quien se ama», prorumpe, «es querer.»
«Es cierto», responde Lucrecia altanera:
«Morir por quien se ama, si se ama el deber.»
 «Vivir en la mente», prosigue Artemisa,
«De aquél que amó mucho, y amó porque sí.»
«Vivir siempre en otro», murmura Eloisa.
Semíramis dice: «Vivir otro en mí.»
 «¡Hablar con el aire!» de amor satisfecha,
¡Mal haya su boca! prorumpe Ninon:
«Amores sin crímen son sueños sin fecha;
Pasion que no afrenta, no es digna pasion.»
 En fin, ¿halla el que ama, la gloria ó el infierno
¡Aquí las perjuras! ¡Las fieles aquí!
Decidme, en resúmen, lo que es ese eterno
Deseo que miente, mintiéndose á sí.

«¡Morir!» dice Safo. Francisca, «¡el incesto!»
Teresa, «¡aquel místico amor del amor!»
Judith y Lucrecia, «¡gozar con lo honesto!»
Cleopatra, «¡la orgía!» Raquel, «¡el pudor!»
¡Silencio! así al mundo volvieron demente;
Aun dudan hoy locas, más locas que ayer,
Si amor da delicias, ó si es solamente
Perder la ventura buscando el placer.
¡Huid! falsas dueñas de todos los dueños
Que el mundo anegaron en llanto por vos,
Que haceis de la vida ya un sueño de sueños,
Que haceis de la carne ya un monstruo, ya un dios.
¿Amor en vosotros es todo ó no es nada,
Verdad ó mentira, virtud ó placer?
¡Odiosa falange del mundo adorada,
Pues son siempre un cáos, ¡tornad al no ser!
¡Maldito aquelarre de diosas, que ignora
Si amor cura ó mata, si afrenta ó da honor!
Ya oiste, Enriqueta; si sabes, ahora
Responde tú misma: ¿qué cosa es amor?

LAS DOS GRANDEZAS.

A mi amigo el Sr. D. Antonio Romero Ortiz.

Uno altivo, otro sin ley,
Así dos hablando están:
—Yo soy Alejandro, el rey.
—Y yo Diógenes, el can.
—Vengo á hacerte más honrada
Tu vida de caracol.
¡Qué quieres de mí? —Yo, nada,

Que no me quites el sol.
—Mi poder... —Es asombroso,
Pero á mí nada me asombra.
—Yo puedo hacerte dichoso.
—Lo sé, no haciéndome sombra.
—Tendrás riquezas sin tasa,
Un palacio y un dosel.
—¿Y para qué quiero casa
Más grande que este tonel?
—Mantos reales gastarás
De oro y seda. —Nada, nada,
¿No ves que me abriga más
Esta capa remendada?
—Ricos manjares devoro.
—Yo con pan duro me allano.
—Bebo el Chipre en copas de oro
—Yo bebo el agua en la mano.
—Mandaré cuanto tú mandes.
—¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y á unas miserias tan grandes
Las llamais dichas humanas?
—Mi poder á cuantos gimen
Va con gloria á socorrer.
—¡La gloria! capa del crímen:
Crímen sin capa ¡el poder!
—Toda la tierra, iracundo,
Tengo postrada ante mí.
—¿Y eres el dueño del mundo
No siendo dueño de tí?
—Yo sé que, del orbe dueño,
Seré del mundo el dichoso.
—Yo sé que tu último sueño
Será tu primer reposo.
—Yo impongo á mi arbitrio leyes
—¿Tanto de injusto blasonas?

—Llevo vencidos cien reyes.
—¡Buen bandido de coronas!
—Vivir podré aborrecido,
Mas no moriré olvidado.
—Viviré desconocido,
Mas nunca moriré odiado.
—¡Adios! pues romper no puedo
De tu cinismo el crisol.
—¡Adios! ¡cuán dichoso quedo
Pues no me quitas el sol!—
Y al partir, con mútuo agravio
Uno altivo, otro implacable,
—¡Miserable! dice el sabio;
Y el rey dice—¡miserable!

SUFRIR ES VIVIR.

Maldiciendo mi dolor
A Dios clamé de esta suerte:
—«Haced que el tiempo, Señor,
Venga á arrancarme este amor
Que me está dando la muerte.»
Mis súplicas escuchando,
Su interminable camino
De órden de Dios acortando,
Corriendo, ó más bien volando,
Como siempre el tiempo vino.
Y—«Voy tu mal á curar»—
Dijo: y cuando el bien que adoro
Me fué del pecho á arrancar,
Me entró un afan de llorar
Que, áun de recordarlo lloro.
Temiendo por mi pasion,

Penas sufrí tan extrañas,
Que aprendió mi corazon,
Que una misma cosa son
Mis penas y mis entrañas.
Y feliz con mi dolor,
Gritó mi alma arrepentida:
—«Decid al tiempo, Señor,
Que no me arranque este amor,
Que es arrancarme la vida.»

LOS DOS ESPEJOS.

En el cristal de un espejo
A los cuarenta me vi,
Y hallándome feo y viejo,
De rabia el cristal rompí.
Del alma en la trasparencia,
Mi rostro entónces miré,
Y tal me vi en la conciencia
Que el corazon me rasgué.
Y es que, en perdiendo el mortal
La fé, juventud y amor,
¡Se mira al espejo, y mal!
¡Se ve en el alma, y peor!

LAS CREENCIAS.

I.

Las creencias discutir
Queriendo un rey, llama gente

De Ocaso, Sur, Norte, Oriente,
Tanto, que puedo decir
Que está allí el mundo presente.

II.

Belleza.

El Rey su noble cabeza
Cortés inclina hácia el suelo,
Abre la sesion, y empieza:
«Se discute la *Belleza*,
Raro presente del cielo.»
«Es lo negro la hermosura»,
Dice uno de negra tez.
Otro blanco: «Es la blancura.»
«Lo azul» un indio murmura;
Y un chino: «La amarillez.»
«Sí tal», clama uno. «No tal»,
Gritan otros replicando.
Dice un griego: «Es lo ideal.»
Un frances: «La gracia andando.»
Un inglés: «Lo original.»
Queda el rey meditabundo,
Siguen los demas sus huellas,
Y piensa: «En creer me fundo
Que si hay en él cosas bellas,
No hay tipo bello en el mundo.»
Pausa. A tan locos extremos
Calla el concurso. Y despues
Dice un sabio: «Segun vemos,
La belleza no es lo que es,
Sino que es lo que queremos.»
Fijada así la cuestion,
Pregunta otro sabio: «¿Qué es
La belleza, en conclusion,

Si lo feo en un lapon
Es lo bello de un inglés?»
Nadie á esto respuesta da.
El gran Rey calla y suspira,
Y dice: «Acabemos ya;
La belleza sólo está
En los ojos de quien mira.»

III.

Gloria.

Nueva espectacion. Despues
Prosigue el Rey: «Discutamos
Si nuestra *Gloria* sólo es
El Gólgotha, en que dejamos
Los primeros treinta y tres.»
»—De Bruto es la indignacion.
—Es de César la grandeza.
—La vanidad en accion.
—Toda la humana simpleza,
Fundida en una ilusion.
»—Placer de lo extraordinario.
—Humo que despide luz.
—Luz que despide un osario.
—Dicha de llevar la cruz
A la cumbre de un calvario.
»—¡Gloria! grandeza pequeña.
—Dolor que canta una trompa.
—Verdad de todo el que sueña.
—Bazar en que el hombre enseña
De su miseria la pompa.
»—Espacio que un aire llena.
—Abrir tumbas con la espada.
—Morir viviendo en escena.
—Es un néctar que envenena.

—Es darlo todo por nada.»
No viendo sino locura
En duda tan espantosa,
Con la más honda amargura,
«¡La gloria! el gran Rey murmura,
¡Poca cosa, poca cosa!»

IV.

Justicia.

«¿Qué es justicia, y dónde se halla?»
Dice el Rey. A nombre tal
Se alzan grandes y canalla,
Gritando unos: «¡La metralla!»
Diciendo otros: «¡El puñal!»
«La justicia es el humor.
—Lo justo es la autoridad.»
Los grandes: «Es la bondad.»
Los reyes: «Es el rigor.»
El Pueblo: «Es la libertad.»
«Es, dicen los escogidos,
Que al bueno el que es malo tema.»
Y exclaman los oprimidos:
«La justicia es este lema:
¡Desdichados los vencidos!»
A tan discorde rumor
Dice alto el Rey: «¡Basta ya!»
Y en voz baja: «Pues, señor,
Todo espectáculo está
Dentro del espectador.»

V.

Virtud.

Sigue el Rey con emocion,
Pero con noble actitud:

«¿La virtud es ilusion?
¿Es prueba una buena accion
De que hay tipo de *virtud?*»
Y un sabio: «Hay virtud cumplida,
Responde, si hay quien se atreva
A obrar siempre como deba;
Mas ¿puede haber en la vida
Juicio que esté á toda prueba?»
De este sabio á la opinion
Se adhiere otro sabio más:
«¿Qué es virtud, en conclusion,
Si hay puntos donde jamas
Resiste nuestra razon?»
«La virtud, dice un pagano,
Es el placer que va unido
Al bello ideal humano.»
«La virtud, dice un cristiano,
Es el deseo vencido.»
Y exclama la juventud:
«La virtud no es la fortuna.»
A lo cual la multitud
Dice: «Mas, sin duda alguna,
La fortuna es la virtud.»
Y un hombre que irracional
Toma por ciencia el desden,
Dice: «Regla general:
Duda, cuando te hablen bien;
Cree, cuando te hablen mal.»
«—Es tristeza.—Es el contento.
—Es sufrir.—Es la salud.»
Y un epicúreo opulento
Prorumpe: «¡Virtud! ¡Virtud!
Cuestion de temperamento.»
A este axioma el Rey: «No hay tal»
A replicar se apresura:

«La virtud es inmortal;
Si el mundo es un cenagal,
Buscadla siempre en la altura.»

VI.

Religion.

Una tras otra ilusion
Mirando desvanecidas,
«Veamos la *Religion*»,
Dijo el gran Rey, ya caidas
Las alas del corazon.
Uno: «Es fe», y otro: «Es conciencia,
—Es lo eterno.—Es el no ser.
—Es fuerza.—Es benevolencia.
—Es de Confucio la ciencia.
—Es de Mahoma el placer.»
«¡Silencio!» el gran Rey profiere,
La religion viendo hollada;
«Creer sólo en lo que agrada,
Es todo lo que se quiere,
Y lo que es todo no es nada.
»¡Inútilmente traidora,
Dardos la impiedad te lanza,
Religion, que el mundo adora,
Fuente de nuestra esperanza,
De esa virtud que no llora!
»¡Nunca el alma racional
Podrá creer que eres un sueño,
Bálsamo de todo mal,
Luz á traves de la cual
Todo en el mundo es pequeño!»

VII.

Calló; y á una cortesía
Que hizo al pueblo el Rey de pié,

Todo el concurso aquel dia,
Creyendo lo que creia,
Por donde vino se fué.

TODO ES UNO, Y LO MISMO.

(Asunto de Schelling.)

A mi amigo el Marqués de Molins.

PRIMERA PARTE.

Á lo ideal por lo real.

I.

Juan amaba tanto á Luisa,
Como á Luis queria Juana;
Y aunque me exponga á la risa
De la multitud liviana,
Diré que su simpatía
Rayaba en tales extremos,
Cual la que tener podemos
Tú á tu esposa y yo á la mia.
Sí, Marqués, no os cause espanto
El que ponga frente á frente
Su encanto con nuestro encanto;
Pues podeis creer firmemente
Que, aunque no se amasen tanto,
Se amaban inmensamente.

II.

Mas la muerte, esa tirana
Que siempre el mal improvisa,
Llevándose á Juan y Juana,
Solos dejó á Luis y Luisa.

III.

Llorando la mala suerte
De los dos que se murieron,
Los vivos casi estuvieron
A las puertas de la muerte.
¡Siempre á nuestra vida humana
Es otra vida precisa!
Así Luis quedó sin Juana,
Como al perder á Juan Luisa,
Sin que nadie amenguar pueda
Las lagrimas ¡ay! que llora;
Cómo se queda el que queda
Cuando al que se va se adora.

IV.

Desde entónces, poco á poco
Tan loca ella, como él loco,
Por cuantos sitios frecuentan
Marchan con pasos inciertos,
¡Tan tristes! ¡tan pensativos!...
Que parece que alimentan
Las almas de los dos muertos
Los cuerpos de los dos vivos.
Y al verlos, tan sólo atentos
A su ventura ilusoria,
Sombras de dos pensamientos
Que alumbran desde la gloria,
Llama la gente liviana,
Sirviendo al vulgo de risa:
— «La *loca* por Juan» — á Luisa,
Y á Luis «el *loco* por Juana.» —

V.

¡Luisa feliz! ¡Que en un duelo

Toda su delicia encierra,
Cual ángel que por la tierra
Cruza de paso hácia el cielo!
¡Sueña, sueña, angel hermoso,
En tu dicha malograda;
Porque la dicha soñada
Es un sueño tan dichoso!
¡Dichoso Luis! Sus tormentos
En su ensueño delicioso
Trueca en bellas ilusiones,
Lo que es horrible, en hermoso;
La realidad, en visiones;
Dias de angustia en momentos...
¡Una y mil veces dichoso
Aquel que sus sensaciones
Transfigura en pensamientos!

SEGUNDA PARTE.

Á lo real por lo ideal.

I.

Rogar con cierto misterio
En un cierto cementerio
Una sombra se divisa:
Es que por Juan reza Luisa.
Otra sombra que hay cercana
Es Luis que ruega por Juana.
Se lamentan los dos vivos
Por sus muertos respectivos
Con corazon tan ardiente,
Que, al mirarse frente á frente,
Dicen la una y el uno:
—«¡Qué importuna!»—«¡Qué importuno!»
Y Luis huyendo de Luisa,

Y Luisa de Luis huyendo,
Se marchan, casi corriendo,
Y corren, casi de prisa.

II.

En el mismo cementerio,
Y con el mismo misterio,
Se hallan los dos otro dia,
Y miéntras Luisa exclamaba:
—«Cuando mi amante vivia,
»Le hallaba donde le hallaba,
»Y hoy que en la tumba me espera,
»Su sombra está donde quiera»; —
Lanzando quejas amantes,
Dice Luis del mismo modo:
—«Si todo estaba en tí ántes,
»Ahora tú estás en todo.»—
Y esta vez ménos esquivos,
Ó de agradarse más ciertos,
Despues de orar por los muertos,
Se hablaron algo los vivos.

III.

Desde entónces los amantes
Dijeron, siempre con fuego,
Una larga oracion ántes
Y un corto diálogo luégo;
Mas, consignar bien importa
Que, despues de algunos dias,
Se fueron haciendo cargo
Que la oracion ya era corta,
Y el diálogo era ya largo.

IV.

Saliendo del cementerio,

Mas ya sin ningun misterio,
Se miraron otro dia,
Diciendo ¡quién lo creeria!
—¡«Es buen mozo!»—«¡Pues es bella!»
—¡«Pero aquél!»—«¡Ay! ¡Pero aquélla!»...
Y ella, de amor suspirando,
Y Luis, áun de amores loco,
Ya no corren, van marchando;
Pero marchan poco á poco.

V.

Así el buen mozo y la bella,
Al promediar la semana,
¡Oh fidelidad humana!
— «¡Se parece á Juan!»— dice ella;
Y él dice: —«¡parece Juana!» —
(¡Pobres Juana y Juan!) Dicho esto,
Uno con otro se junta,
Haciéndolo él por supuesto
En honor de la difunta;
Y ella admitiéndole al lado
Con temor áun no fingido,
Pues si el vivo era ya amado,
Aun el muerto era querido.

VI.

Mas era tal la insistencia
De su enamorada mente
En dar á su amor presente
De su muerto amor la esencia,
Que su alma, siempre indecisa,
Piensa que mira realmente
En Luis, de Juan la presencia;
La sombra de Juana, en Luisa;
Y es que nuestro sentimiento,

Por arte de encantamiento,
Haciendo cuerpo la idea
Y lo ya muerto existente,
Transfigura eternamente
Lo que ama en lo que desea!

VII.

En conclusion: cuando se aman,
Con un amor verdadero,
Así mutuamente exclaman:
—«¡Como á él, y por él te quiero!»
—«¡Te amo como á ella, y por ella!»
Y así el buen mozo y la bella,
Fingiendo vivo lo muerto,
Y haciendo falso lo cierto,
Que eran los muertos creian,
Creyendo lo que querian:
Y desde entónces, el duelo
Trocando todos en risa,
Luisa á Luis, y Luis á Luisa,
Despues de aquella semana,
Se prestan mútuo consuelo;
Creyendo que Juan y Juana,
Harán lo mismo en el cielo.

LOS DOS PECADORES.

Tú pecas porque me adoras,
Y yo peco por gozar;
Y en tan diverso pecar
Yo rio cuando tú lloras.
¡Maldigo mis dulces horas,
Y bendigo tu tormento!

Podrá tu remordimiento
Llevarte á un dichoso estado:
¡Yo sí que soy desdichado,
Que peco y no me arrepiento!

LAS DOS LINTERNAS.

A Don Gumersindo Laverde Ruiz

I.

De Diógenes compré un dia
La linterna á un mercader.
Distan la suya y la mia
Cuanto hay de ser á no ser.
Blanca la mia parece,
La suya parece negra;
La de él todo lo entristece;
La mia todo lo alegra.
Y es que en el mundo traidor
Nada es verdad, ni mentira:
Todo es segun el color
Del cristal con que se mira.

II.

—«Con mi linterna»—él decia—
«No hallo un hombre entre los [illegible]
¡Y yo encuentro con la mia
Hombres hasta en las mujeres!
El llamó, siempre implacable,
Fe y virtud teniendo en poco,
A Alejandro —«un miserable»—
Y al gran Sócrates—«un loco»—
Y yo ¡crédulo! entre tanto,

Cuando mi linterna empleo,
Miro aquí y encuentro un *santo;*
Miro allá y un *mártir* veo.
¡Sí! miéntras la multitud
Sacrifica con paciencia
La dicha por la virtud,
Y por la fe la existencia.
Para él virtud fué «simpleza»;
El más puro amor «escoria»;
«vana ilusion» la grandeza,
y una «necedad» la gloria.
¡Diógenes! miéntras tu celo
Sólo encuentra sin fortuna,
En Esparta algun *chicuelo,*
Y hombres en parte ninguna,
Yo te juro por mi nombre,
Que con sufrir el nacer,
Es un héroe cualquier hombre,
Y un ángel toda mujer.

III.

Como al revés contemplamos
Yo y él las obras de Dios,
Diógenes, ó yo, engañamos.
¿Cuál mentirá de los dos?
¿Quién es en pintar más fiel
Las obras que Dios crió?
El cinismo dirá que él;
La virtud dirá que yo.
Y es que en el mundo traidor
Nada hay verdad ni mentira,
Todo es segun el color
Del cristal con que se mira.

—

MÚSICAS QUE PASAN.

A mi querido amigo Don Facundo Goñi.

I.

¡Música!—¡Qué aliento dan,
Y qué esperanzas sin fin,
El *re-tin-tin* del clarin,
Del tambor el *ra-ta-plan*!
¡Ya aproximándose van!
¡Tambor y clarin resuenen!
¡Cuál la esperanza entretienen!
¡Cómo el corazon abrasan!
Estas músicas que pasan,
¡Qué alegres son cuando vienen!

II.

¡Música!—¡Conforme avanza
Ya el tambor, ó ya el clarin,
Causa aliento el *re-tin-tin*,
da el *ra-ta-plan* esperanza!
¡Se aleja... y ya en lontananza,
Más bien que gozoso afan,
Tristeza sus ecos dan!
¡No hay bien seguro en el mundo!
¡Qué lúgubres son, Facundo,
Las músicas que se van!

III.

¡Ay! ¡Ni al principio ni al fin
Nos dan á algunos ardor
El *ra-ta-plan* del tambor,
Del clarin el *re-tin-tin*!
Tu esplin, Facundo, y mi esplin...
¡Para músicas están:

¡Poco nuestro antiguo afan
Las músicas entretienen,
Ni cuando alegres se vienen,
Ni cuando tristes se van!

EL CAFÉ.

A mi amigo Don Enrique Saavedra,
Marqués de Auñon.

I.

¡Café! — Tal es la cuestion:
¿Hizo Cabanís tan mal,
Al decir que es la razon
Fruto de una digestion
De la masa cerebral?
Sin ir más léjos, Marqués,
¿Cómo me podrás negar
Que el rico café que ves,
O es cosa que piensa, ó es
Materia que hace pensar?
¡Gloria á ese vital licor,
Espíritu material;
O si os parece mejor,
Materia espiritual;
Incomprensible hacedor
De una dicha artificial;
Secreto elaborador
De un frenesí racional!
¡Yo no extrañaré, pardiez,
Que su semilla al probar
Las aves alguna vez,
En deliciosa embriaguez,
Hablen en vez de cantar!

¡Otra taza, y otra!—A fe
Que asegura con razon,
No sé quién ni sé por qué,
Ni recuerdo en qué centon,
Que en cada grano el café
Lleva un sabio en embrion...
Yo quiero ser sabio... ¿oís?
Dadme sábiamente, pues,
Una taza, y dos, y tres...
¡Marqués! ¡querido Marqués!
¿Tendrá razon Cabanís?

II.

¡Café! y ¡más café!—Vén tú
A dar á mi sangre ardor,
Del sueño infalible bú;
Maná que oxida el dolor;
Bálsamo á cuya virtud
Mi prematura vejez
Siempre recobra otra vez
La alegría y la salud!

Admiraos y escuchad:
Por descubrir del café
El solo la propiedad,
Sin duda tan sabio fué
El diablo en la antigüedad.
¿Decís que no?—Pues yo sé
De un sapientísimo autor,
Que dice y prueba que fué
De Numa el legislador
La ninfa Egeria, el café;
Y añade poco despues,
Que fué este noble licor
De Sócrates, sabio autor,

El genio, diablo ó lo que es.
De modo, caro Marqués,
Que con este talisman,
Han vuelto el mundo al reves
Del uno al otro confin,
Sócrates, Numa y Satan,
Y cuantos brujos, en fin,
Han sido, son y serán.

Esto es lo cierto. Y si no,
¿Quién como el café marcó
De la fortuna el vaiven,
Y á Napoleon arrastró
Hoy al mal, mañana al bien?
¿Que quién tal cosa creyó?
Todos, y á más creo yo
Que ya feliz, ya infeliz,
Acaso una gota más
Le dió el triunfo de Austerlitz,
Y una de ménos quizás
Le hizo huir en Waterló.
Y áun pienso otra cosa, y es
Que obedeciendo, Marqués,
A la rara propiedad
De un café de calidad,
Gaje de algun holandes,
Corriendo en la inmensidad
Benito Espinosa, en pos
De una infinita verdad,
Lanzó esta inmensa impiedad:
«Dios es todo, y todo es Dios.»
¿Tengo ó no tengo razon?
Pues ántes de concluir,
Todavía vais á oir
La más extraña opinion

Que muchas veces á herir
Viene mi imaginacion;
Y es que llego á presumir
¿Si será el café ese sér
Que en una edad y otra edad
Siempre aspira á comprender
La mísera humanidad?
¿No es cierto, padre Voltaire?
Marqués do Auñon, ¿no es verdad?

III.

¡Café! ¡café! ¡y más café!
Ahitadme de eso elixir,
Pasto de almas, sin el cual
Fuera el humano existir
Casi un sueño vegetal;
Pues en eléctrico ardor,
En el sér más baladí
Hace del afecto amor,
Y del amor frenesí...
¡Ah! que caiga sobre tí
Del orbe la bendicion,
Del alma sabroso pan,
Borrachera de ilusion,
A cuya mágica accion
Es un Etna el corazon,
Es la cabeza un volcan!
¿Y quién no honrará el poder,
Marqués de Auñon, de un licor
Que hasta hace alegre el dolor,
Que hace más vivo el placer,
Que da al brazo más vigor,
A la mente inmensidad,
A los ojos claridad,
Al corazon más amor,

Y alas á los mismos piés...
Tanto, que, como tú ves,
No echo á volar por un tris?...
¡Marqués! ¡querido Marqués!
¿Tendrá razon Cabanís?

LA COMEDIA DEL SABER.

A mi amigo D. Tomás Rodriguez Rubí.

I.

(*Asunto: lo que es verdad.*
Gradas de curiosos llenas.
Lugar de la accion: Aténas.
Epoca: en la antigüedad.
Gran pausa.—Escena primera:
Como el que se duerme andando,
Sale HERÁCLITO *llorando,*
Y dice de esta manera:)

—«¡Ay! mi ciencia es bien menguada,
Pues nada en el mundo sé:
Si sé que hay Dios, es por qué
DE NADA NO SE HACE NADA.
»Respeto la autoridad,
Que es de los inicuos valla..!..»
—«¡Falso!» (*grita la canalla*)
(*Los nobles dicen:*)—«¡Verdad!»

HERÁCLITO:—«Yo imagino
Que es la autoridad de un rey
Poder que la humana ley
Saca del poder divino.

. . . . .

»No hay más dicha que el deber:
Todo aquel que hombre se llama
Dará por honra la fama,
Y el poder por el saber.
»Dad á los buenos honores,
Y castigo á los demas.....»
(Aquí le silban los más,
Y le aplauden los mejores.)
»Nuestra vida debe ser
Por nuestras faltas llorar,
Meditar y meditar,
Creer, y siempre creer.»
(Rumores.—Despues quietud.)

HERÁCLITO.—«En conclusion,
La justa moderacion
Da saber, paz y virtud.»

II.

(Gime HERÁCLITO.—*Y á poco,*
Sale DEMÓCRITO *y mira,*
Y al ver que el otro suspira,
Se echa á reir como un loco.)
(Segundo acto.—El pueblo está
Casi cortés de callado.)

HERÁCLITO :—«¡ Desgraciado !»
DEMÓCRITO :—«¡ Ja! ¡ ja! ¡ ja!»
HERÁCLITO :—«Es duelo todo.»
DEMÓCRITO :—«Todo es juego.»
HERÁCLITO :—«El alma es fuego.»
DEMÓCRITO :—«El alma es lodo.»
(Calla HERÁCLITO *y murmura :)*
«¡ Todo en la vida es miseria !»
(Y DEMÓCRITO :)—«Es materia

Todo en el mundo, y locura!
»Materia sin albedrío
Son Dios, el hombre y el bruto,
El átomo es lo absoluto;
Lo único real, el vacío.
»Filósofos que en el mundo
Buscais lo cierto ¡apartad!
Si existe, está la verdad
Dentro de un pozo profundo
»Es de el alma universal
Parte nuestra alma tambien.....»
(*Muchos, casi todos:*)—«¡bien!»
(*Y pocos, muy pocos:*) —«¡mal!»

Demócrito:—«Un torbellino
De átomos en movimiento
Son Dios, la vida, el contento,
La justicia y el destino.
»Cuanto existe en derredor,
De lo que existia se hace;
Y hasta el hombre crece y nace
Cual nace y crece una flor.
»Y así lo que ha de existir
Nacerá de lo existente.
¡Pueblo! goza en lo presente
Y olvida lo porvenir.»
(*Risa.—Aplauso general.*)

Demócrito.—«En conclusion,
El alma es la sensacion:
El placer es la moral.»
—«Vivir, es creer y pensar»—
(*Dice* Heráclito *gimiendo:*)
(*Y* Demócrito *riendo:*)
—«¡Vivir!.... sentir y gozar.»

(Llanto y risa.—El cielo en tanto
Sigue su curso imparcial,
Pues hasta el fin le es igual
Nuestra risa, ó nuestro llanto.)
(Y uno y otro concluyendo,
Queda un bando y otro bando,
Con HERÁCLITO *llorando,*
Con DEMÓCRITO *riendo.)*
(Y así, pensando en pensar
Si ha de llorar, ó reir,
Ve el hombre su vida huir
Entre reir y llorar!)

III.

(Ruido.—Dudas.—Desencanto.
Sale en el acto tercero
SÓCRATES, *cual dice Homero,*
Riéndose bajo el llanto.)

SÓCRATES:—«Sin ton ni són
Riñe aquí un loco á otro loco:
¿No veis que entre mucho y poco
Está la moderacion?
»La fe del uno es menguada;
Grande es del otro la fe:
Yo sólo una cosa sé
Y es que SÉ QUE NO SÉ NADA.
»CONÓCETE debe ser
De nuestra ciencia el abismo;
Quien se conozca á sí mismo,
Sabrá cuanto hay que saber.
»Para la ciencia, rebacias
Las plebes..... (*El pueblo todo*
Lo silba aquí de tal modo
Que SÓCRATES *dice:)*—» ¡Gracias!

»Siempre el pueblo soberano
Revela al hombre imparcial
La presencia universal
De un universal tirano.»
(*Nueva silba.—Sensacion.*)

Sócrates :—«De mi alma rey
Sólo obedezco á la ley
Que Dios puso en mi razon.»]
(*Ruge la chusma indignada.*)

Sócrates :—«Y de tal modo,
Que el hombre es centro de todo,
Y todo ante el hombre es nada.
»Sólo hay un Dios..... (*Gran rumor
Entre la vil multitud.*)

Sócrates: «Dios de virtud,
Del bien y lo bello autor.
»A un Dios solo fe tributa
Un corazon como el mio.....»
(*Y el pueblo grita :*)—«A ese impío,
¡La cicuta! ¡la cicuta!
(*Y miéntras del pueblo el celo
Lo arrastra á tan mala suerte*

Sócrates *dice :*)—«¡La muerte!
¡Ultima bondad del cielo!

(*Y así, no alegando escusa,
No salva esta vida ruin,
Que, cual la hiel, la da fin
Un vaso de siracusa.*)
(*¿Quién mejor su juicio emplea?*

¿El sabio, ó el pueblo homicida?
Si el sabio, ¡gloria á la vida!
Si el pueblo ¡maldita sea!

IV.

(Acto cuarto.—Se alborota
La plebe, á Diógenes *viendo,*
Taza y linterna trayendo,
La alforja y la capa rota.)
(Al empezar iracundo
Diógenes *silba á los tres,*
Como le silba despues
Á Diógenes *todo el mundo.)*

Diógenes:—Pruebo que es vana
Toda regla de razon,
En este sueño de accion
Que llamamos vida humana,
«Si á preguntaros me atrevo:
—¿De quién ántes se origina,
El huevo de la gallina,
O la gallina del huevo?»—
(Todos tres su menosprecio
Le hacen á Diógenes *ver,*
Y éste hace á los tres saber
Su desprecio hácia el desprecio.)

Diógenes:—«Nada hay formal:
Esta vida es una gresca
Tragi-cómico-burlesca,
Jocoso-sentimental.
»No hay ninguna cosa cierta,
Mas que son vuestras locuras
Escenas de criaturas
Junto á una tumba entreabierta.

»El pensar, creer y sentir,
No es sentir, creer ni pensar,
Eso se debe llamar,
Nacer, crecer y morir.
»Si aplico aquí mi linterna,
Ni con un hombre tropiezo.
¡La vida! eterno bostezo,
Si no es una falta eterna.
»¡Mundo! esfuerzos sin deber;
Virtudes sin religion;
Puntos de honor sin razon;
Y crímenes sin placer.»

(*Los unos prorumpen:*)—«¡fuera!»
(*Los otros exclaman:*)—«¡bravo»
(*Y todos gritan al cabo:*)
Estos—«¡viva!» *aquéllos*—«¡muera!»

(*Yo, al ver á todos me rio,*
Pues llorar no puedo ya:
¿Dónde el depósito está
De las lágrimas, Dios mio!)

V.

(*El pueblo á la conclusion*
Muestra al partir tristemente,
Aire de duda en la frente,
Y angustia en el corazon.)

(*Dice éste al irse:*)—«¡á pensar!»
(*Y aquel murmura:*)—«¡á sentir!»
(*Uno:*)—«¡á reir! ¡á reir!»
(*Y otro:*)—¡á llorar! ¡á llorar!»

(*Resúmen:—¿Qué es el vivir?*
«SENTIR», *uno : otro*—«CREER.»

Éste :— « CREER Y SABER » ,
Y aquél :— NI CREER NI SENTIR. »)

(*¿Qué es el mundo?—«lo que vemos.»*
¿ Y el saber? — « lo que se ignora. »
¿ Y qué es Dios ?— « lo que se adora. »
¿ Y virtud? — « lo que queremos. »)

(*Y aunque más el pueblo alcanza*
Con su VIRTUD — ARMONÍA ,
Con su FE — SABIDURÍA ,
Y con su DIOS — ESPERANZA.)

(*Los sabios al escuchar,*
Ignora el pueblo qué hacer,
Si ha de dudar ó creer,
Si ha de reir ó llorar.)

LOS RELOJES DEL REY CÁRLOS.

Cárlos Quinto el esforzado ,
Se encuentra asaz divertido
De cien relojes rodeado,
Cuando va, en Yuste olvidado,
Hácia el reino del olvido.
Los ve delante y detras
Con ojos de encanto llenos,
Y les hace ir á compas ,
Ni minuto más ni ménos ;
Ni instante ménos ni más.
Si un reloj se adelantaba,
El imperial relojero
Con avidez lo paraba,

Y al retrasarlo, exclamaba:
« Más despacio, ¡majadero!»
Si otro se atrasa un instante,
Va, lo coge, lo revisa,
Y aligerando el volante,
Grita: «¡Adelante, adelante,
Majadero, más aprisa!»
Y entrando un dia, «¿qué tal?»
Le preguntó el confesor;
Y el relojero imperial
Dijo: «Yo ando bien, señor;
Pero mis relojes mal.»
« Recibid mi parabien»,
Siguió el noble confidente;
«Mas yo creo que tambien,
Si ellos andan malamente
Vos, señor, no andais muy bien.
» No fuera una ocupacion
Más digna, unir con paciencia
Otros relojes, que son,
El primero el corazon,
Y el segundo la conciencia?»
Dudó el Rey cortos momentos,
Mas pudo al fin responder:
«¡Sí! Más ó ménos sangrientos
Sólo son remordimientos
Todas mis dichas de ayer!
» Yo, que agoto la paciencia
En tan necia ocupacion,
Nunca pensé en mi existencia
En poner el corazon
De acuerdo con la conciencia.»
Y cuando esto proferia,
Con su *tic-tac* lastimero,
Cada reloj que allí habia

Parece que le decia:
«¡Majadero! ¡Majadero!»
«Necio», prosiguió, «al deber
Debí unir mi sentimiento,
Despues, si no ántes, de ver
Que es una carga el poder,
La gloria un remordimiento.»
Y los relojes sin duelo,
Tirando de diez en diez,
Tuvo por fin el consuelo
De ponerlos contra el suelo
De acuerdo una sola vez.
Y añadió: «Teneis razon
Empleando mi paciencia
En más santa ocupacion,
Desde hoy pondré el corazon
De acuerdo con la conciencia.»

LA HISTORIA DE AUGUSTO.

I.

A Ovidio empieza á leer
Su historia el Emperador,
Pues dice que quiere ser,
Cual César, autor y actor
Hombre sin Dios y sin ley
Que de su provecho en pos,
Pérfido ántes, se hace rey,
Necio despues, se hace dios;
En su historia disculpaba
Sus faltas cándidamente,
Cosas que Ovidio escuchaba

Con el rubor en la frente.
«¿Verdad que al mundo hará honor
La que llamo *era Juliana?*
Dijo á Ovidio el salteador
De la libertad romana.
Con un dictámen muy justo
Quiso Ovidio honrar su labio;
Porque al fin perdona Augusto
Despues que se venga Octavio.
Y « francamente, señor »,
Dijo de modestia lleno,
« Si sois bueno como actor,
Como autor no sois tan bueno.»
«O, con altivo semblante
Replicó el Emperador,
Que soy muy buen comediante,
Pero muy mal escritor.»
Selló el Rey su augusto labio,
Calló Ovidio, no sin susto.
Pues siempre al fin venga Octavio
Los disimulos de Augusto.

II.

Cayó Ovidio en el desliz
De llamar, poco despues,
A Livia, la Emperatriz,
«Ulíses con guarda-piés.»
Tuvo el Rey por ofensivo
Este madrigal tan bello,
Tomando esto por motivo
Para vengarse de aquello.
Y á Ovidio desterró Augusto
De la Circasia á un rincon,
Como buen tirano, injusto;
Falso, cual buen histrion.

III.

Muriendo Octavio inmortal
Entre grandes dignos de él,
Les pregunta así: «¿Qué tal
Representé mi papel?»
Y contesta Ovidio á Octavio
Desde la orilla del Ponto:
«Representó como un sabio
Lo que pensó como un tonto.»
Murió Octavio, el iracundo;
Pereció Augusto, el sagaz;
El que dió la paz al mundo,
Y ha dejado el mundo en paz.
Con que, *¿qué tal?* Lo repito
Con más razon que despecho;
Has hecho muy bien lo escrito,
Y escrito mal lo que has hecho.
«Doy al mundo el parabien,
¡Falso! áun preguntas *¿qué tal?*
Como cómico, muy bien;
Como Emperador, muy mal.»

ANTINOMIAS DEL GENIO.

Sentado indolentemente,
Cierta noche de verano,
Con una pluma en la mano
Y una luz frente por frente,
Está Napoleon Primero
Sumando con mucho afan,
Puesto á un lado aquel gaban,
Y á otro lado aquel sombrero.

Suma, de intento, muy mal,
Entre espantado é iracundo,
Todas las muertes que al mundo
Costó su gloria imperial.
Y cuando ya á traslucir
Llega á una cifra espantosa,
Se lanza una mariposa
Sobre la luz á morir.
Su muerte próxima al ver,
Sintió el héroe compasion;
Que al fin, aunque Napoleon,
Era un hijo de mujer;
Y con benévola calma
La separó dulcemente,
Pues los que matan la gente,
Pueden tambien tener alma.
Él, que *carne de cañon*
Pudo á los hombres llamar,
Ve á un insecto peligrar,
Con pena en el corazon.
Ni ella cede, ni él se para,
Y con la intencion más terca,
Cuanto más ella se acerca,
Tanto más él la separa.
Tal vez el Emperador
Llorára de sufrir tanto,
Si él pudiera tener llanto
Para el ajeno dolor.
¡Ay! una vida tan ruin,
¿No habia de enternecer
Al que acababa de hacer
Del universo un botin?
¡Y luégo la coalicion
Dirá que no era perfecto
El que en salvar á un insecto

Funda un sueño de Colon!
  Sigue la lucha emprendida
Entre él y ella, y de esta suerte,
Miéntras busca ella la muerte,
La da Napoleon la vida.
  Y así el empeño siguió
Por ambos con frenesí;
La mariposa en que sí,
Y Napoleon en que no.
  La salva al fin, y «¡victoria!»
Exclama con alegría
Él que hacía y deshacia
A cañonazos la historia.
  ¡Victoria! ¡Victoria, pues!
¡Dios inmenso! ¡Dios inmenso!
¡De esa accion suba el incienso
Hasta tus divinos piés!
  Aquella alma generosa
Que vertió de sangre un mar,
Cuánto luchó por salvar
La vida á una mariposa!
  ¡Que alguno de tal bondad
Cuente á la Francia la gloria,
Luégo la Francia á la Historia,
Y ésta á la posteridad!
  Y tú, ciega multitud,
Pobre *carne de cañon*,
Dí por él: ¡Oh compasion,
Tú eres sólo la virtud!»

PEQUEÑOS POEMAS.

EL TREN EXPRESO.

CANTO PRIMERO.

La noche.

I.

Habiéndome robado el albedrío
Un amor tan infausto como el mio,
Ya recobrados la quietud y el seso
Volvia de París en tren expreso:
Y cuando estaba ajeno de cuidado,
Como un pobre viajero fatigado,
Para pasar bien cómodo la noche
Muellemente acostado,
Al arrancar el tren, subió á mi coche,
Seguida de una anciana,
Una jóven hermosa,
Alta, rubia, delgada y muy graciosa,
Digna de ser morena y sevillana.

II.

Luégo una voz de mando,
Por algun héroe de las artes dada,
Empezó el tren á trepidar andando

Con un trajin de fiera encadenada.
Al dejar la estacion, lanzó un gemido
La máquina que libre se veia,
Y corriendo al principio solapada,
Cual la sierpe que sale de su nido,
Ya al claro resplandor de las estrellas,
Por los campos, rugiendo, parecia
Un leon con melena de centellas.

III.

Cuando miraba atento
Aquel tren que corria como el viento,
Con sonrisa impregnada de amargura
Me preguntó la jóven con dulzura:
—¿Sois español?—y á su armonioso acento,
Tan armonioso y puro, que áun ahora
El recordarlo sólo me embelesa,
— Soy español, — le dije, —¿y vos, señora?
— Yo, — dijo, — soy francesa.
— Podeis,—la repliqué, — con arrogancia
La hermosura alabar de vuestro suelo,
Pues creo, como hay Dios, que es vuestra Francia
Un país tan hermoso como el cielo.
— Verdad que es el país de mis amores
El país del ingenio y de la guerra;
Pero en cambio,—me dijo,—es vuestra tierra
La patria del honor y de las flores :
No os podeis figurar cuánto me extraña
Que, al ver sus resplandores,
El sol de vuestra España
No tenga, como el de Asia, adoradores. —
Y despues de halagarnos obsequiosos
Del patrio amor el puro sentimiento,
Entrambos nos quedamos silenciosos
Como heridos de un mismo pensamiento

IV.

Caminar entre sombras, es lo mismo
Que dar vueltas por sendas mal seguras
En el fondo de un pozo del abismo.
Juntando á la verdad mil conjeturas,
Veia allá á lo léjos desde el coche
Agitarse sin fin cosas oscuras,
Y en torno, cien especies de negruras
Tomadas de cien partes de la noche.
¡Calor de fragua á un lado, al otro frio!
¡Lamentos de la máquina espantosos,
Que agregan el terror y el desvarío
A todos estos limbos misteriosos!...
¡Las rocas, que parecen esqueletos!...
¡Las nubes con entrañas abrasadas!...
¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas!...
¡El horror que hace grandes los objetos!...
¡Claridad espectral de la neblina!...
¡Juegos de llama y humo indescriptibles!...
¡Unos grupos de bruma blanquecina
Esparcidos por dedos invisibles!
¡Masas informes!... ¡Límites inciertos!...
¡Montes que se hunden! ¡Árboles que crecen!...
Horizontes lejanos que parecen
Vagas costas del reino de los muertos!...
¡Sombra, humareda, confusion y nieblas!...
¡Acá lo turbio... allá lo indiscernible...
Y entre el humo del tren y las tinieblas
Aquí una cosa negra, allí otra horrible!...

V.

¡Cosa rara! Entre tanto,
Al lado de mujer tan seductora
No podia dormir, siendo yo un santo

Que duerme cuando no ama á cualquier hora.
Mil veces intenté quedar dormido,
Mas fué inútil empeño:
Admiraba á la jóven, y es sabido
Que á mí la admiracion me quita el sueño.
Yo estaba inquieto, y ella
Sin echar sobre mí mirada alguna,
Abrió la ventanilla de su lado,
Y como un sér prendado de la luna,
Miró al cielo azulado,
Preguntó, por hablar, qué hora sería,
Y al ver correr cada fugaz estrella
—¡Ved un alma que pasa!—me decia.

VI.

—¿Vais muy léjos?—con voz ya conmovida
Le pregunté á mi jóven compañera.
—¡Muy léjos,—contestó;—voy decidida
A morir á un lugar de la frontera!—
Y se quedó, pensando en lo futuro,
Su mirada en el aire distraida,
Cual se mira en la noche un sitio oscuro
Donde fué una vision desvanecida.
—¿No os habrá divertido,
La repliqué galante,
La ciudad seductora
En donde todo amante
Deja recuerdos y se trae olvido?
—Lo traeis vos?—me dijo con tristeza.
—Todo en París lo hace olvidar, señora,—
Le contesté,—la moda y la riqueza.
Yo me vine á París desesperado,
Por no ver en Madrid á cierta ingrata.
—Pues yo vine,—exclamó,—y hallé casado
A un hombre ingrato á quien amé soltero,

—Tengo un rencor,—le dije,—que me mata.
—Yo una pena—me dijo,—que me muero.—
Y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,
Siendo su mente espejo de mi mente,
Quedándose en silencio un grande rato,
Pasó una larga historia por su frente.

VII.

Como el tren no corria, que volaba,
Era tan vivo el viento, era tan frio,
Que el aire parecia que cortaba;
Así el lector no extrañará que, tierno
Cuidase de su bien más que del mio,
Pues hacía un gran frio, tan gran frio,
Que echó al lobo del bosque aquel invierno.
Y cuando ella doliente,
Con el cuerpo aterido,
—¡Tengo frio!— me dijo dulcemente
Con voz que, más que voz, era un balido,
Me acerqué á contemplar su hermosa frente,
Y os juro por el cielo
Que, á aquel reflejo de la luz escaso,
La jóven parecia hecha de raso,
De nácar, de jazmin y terciopelo;
Y creyendo invadidos por el hielo
Aquellos piés tan lindos,
Desdoblando mi manta zamorana,
Que tenía más borlas verde y grana
Que todos los cerezos y los guindos
Que en Zamora se crian,
Cual si fuese una madre cuidadosa,
Con la cabeza ya vertiginosa,
Le tapé aquellos piés que bien podrian
Ocultarse en el cáliz de una rosa.

VIII.

¡De la sombra y el fuego al claro-oscuro
Brotában perspectivas espantosas,
Y me hacía el efecto de un conjuro
El ver reverberar en cada muro
De las sombras las danzas misteriosas!...
¡La jóven, que acostada traslucia
Con su aspecto ideal, su aire sencillo,
Y que, más que mujer, me parecia
Un ángel de Rafael ó de Murillo,
Sus manos por las venas serpenteadas
Que la fiebre abultaba y encendia,
Hermosas manos, que á tener cruzadas
Por la oracion habitual tendia!...
¡Sus ojos siempre abiertos, aunque á oscuras,
Mirando al mundo de las cosas puras!
¡Su blanca faz de palidez cubierta!
¡Aquel cuerpo á que daban sus posturas
La celeste fijeza de una muerta!...
¡Las fajas tenebrosas
Del techo, que irradiaba tristemente
Aquella luz de cueva submarina;
Y esa contínua sucesion de cosas
Que así en el corazon como en la mente
Acaban por formar una neblina!...
¡Del tren expreso la infernal balumba!...
¡La claridad de cueva que salia
Del techo de aquel coche, que tenía
La forma de la tapa de una tumba!...
¡La vision triste y bella
Del sublime concierto
De todo aquel horrible desconcierto,
Me hacian traslucir en torno de ella
Algo vivo rondando un algo muerto!

IX.

De pronto, atronadora,
Entre un humo qué surcan llamaradas,
Despide la feroz locomotora
Un torrente de notas aflautadas,
Para anunciar, al despuntar la aurora,
Una estacion, que en feria convertia
El vulgo con su eterna gritería,
La cual, susurradora y esplendente,
Con las luces del gas brillaba enfrente;
Y al llegar, un gemido
Lanzando prolongado y lastimero,
El tren en la estacion entró seguido
Cual si entrase un reptil en su agujero.

CANTO SEGUNDO.

El dia.

I.

Y continuando la infeliz historia,
Que áun vaga, como un sueño, en mi memoria,
Veo al fin á la luz de la alborada
Que el rubio de oro de su pelo brilla
Cual la paja de trigo calcinada
Por Agosto en los campos de Castilla.
Y con semblante cariñoso y serio,
Y una expresion del todo religiosa,
Como llevando á cabo algun misterio,
Despues de un—¡ay, Dios mio!—
Me dijo señalando á un cementerio:
—¡Los que duermen allí no tienen frio!—

II.

El humo en ondulante movimiento

Dividiéndose á un lado y otro lado,
Se tiende por el viento
Cual la crin de un caballo desbocado.
Ayer era otra Fauna, hoy otra Flora;
Verdura y aridez, calor y frio;
Andar tantos kilómetros por hora
Causa al alma el mareo del vacío;
Pues salvando el abismo, el llano, el monte,
Con un ciego correr que al rayo excede,
En loco desvarío
Sucede un horizonte á otro horizonte
Y una estacion á otra estacion sucede.

III.

Más ciego cada vez por la hermosura
De la mujer aquella,
Al fin la hablé con la mayor ternura,
A pesar de mis muchos desengaños;
Porque al viajar en tren con una bella
Va, aunque un poco al azar y á la ventura,
Muy de prisa el amor á los treinta años.
Y— ¿dónde vais ahora?—
Pregunté á la viajera.
—Marcho, olvidada por mi amor primero,—
Me respondió sincera,
A esperar el olvido un año entero.
—Pero, ¿y despues —le pregunté—señora?
—Despues—me contestó—¡lo que Dios quiera.

IV.

Y porque así sus penas distraia,
Las mias le conté con alegría,
Y un cuento amontoné sobre otro cuento,
Miéntras ella, abstrayéndose, veia
Las gradaciones de color que hacía

La luz descomponiéndose en el viento.
Y haciendo yo castillos en el aire,
O, como dicen ellos, en España,
La referí, no sé si con donaire,
Cuentos de Homero y de Mari-Castaña.
En mis cuadros risueños,
Pintando mucho amor y mucha pena,
Como el que tiene la cabeza llena
De heroínas francesas y de ensueños,
Habia cada llama
Capaz de poner fuego al mundo entero:
Y no faltaba nunca un caballero
Que por gustar solícito á su dama
La sirviese, siendo héroe, de escudero.
Y ya de un nuevo amor en los umbrales,
Cual si fuese el aliento nuestro idioma,
Más bien que con la voz, con las señales,
Esta verdad tan grande como un templo
La convertí en axioma:
Que para dos que se aman tiernamente,
Ella y yo, por ejemplo,
Es cosa ya olvidada por sabida
Que un árbol, una piedra y una fuente
Pueden ser el eden de nuestra vida.

V.

Como en amor es credo
O artículo de fe que yo proclamo,
Que en este mundo de pasion y olvido,
O se oye conjugar el verbo *te amo*
O la vida mejor no importa un bledo;
Aunque entónces como hombre arrepentido,
El ver á una mujer me daba miedo,
Más bien desesperado que atrevido,
—Y ¿un nuevo amor—la pregunté amoroso—

No os haria olvidar viejos amores?—
Mas ella, sin dar tregua á sus dolores,
Contestó con acento cariñoso :
—La tierra está cansada de dar flores ;
Necesito algun año de reposo.

VI.

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,
Como aquel que patina por el hielo ;
Y en confusion extraña
Parecen, confundidos tierra y cielo,
Una mezcla de sueño y de montaña,
Pues cruza de horizonte en horizonte
Por la cumbre y el llano,
Ya la cresta granítica de un monte,
Ya la elástica turba de un pantano ;
Ya entrando por el hueco
De algun túnel que horada las montañas,
A cada horrible grito
Que lanzando va el tren, responde el eco,
Y hace vibrar los muros de granito,
Estremeciendo al mundo en sus entrañas:
Y dejando aquí un pozo, allí una sierra,
Nubes arriba, movimiento abajo,
En laberinto tal cuesta trabajo
Creer en la existencia de la tierra.

VII.

Las cosas que miramos,
Se vuelven hácia atras en el instante
Que nosotros pasamos ;
Y, conforme va el tren hácia adelante,
Parece que desandan lo que andamos:
Y á sus puestos volviéndose, huyen y huyen
En raudo movimiento

Los postes del telégrafo, clavados
En fila á los costados del camino;
Y, como gota á gota, fluyen, fluyen,
Uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento,
Y formando confuso y ceniciento
El humo con la luz un remolino,
No distinguen los ojos deslumbrados
Si aquello es sueño, tromba ó torbellino.

VIII.

¡Oh, mil veces bendita
La inmensa fuerza de la mente humana,
Que así el ramblizo como el monte allana,
Y al mundo echando su nivel, lo mismo
Los picos de las rocas decapita,
Que levanta la tierra,
Formando un terraplen sobre un abismo
Que llena con pedazos de una sierra!
¡Dignas son, vive Dios, estas hazañas,
No conocidas ántes,
Del poderoso anhelo
De los grandes gigantes
Que, en su ambicion, para escalar el cielo,
Un tiempo amontonaron las montañas!

IX.

Corria en tanto el tren con tal premura,
Que el monte abandonó por la ladera,
La colina dejó por la llanura,
Y la llanura, en fin, por la ribera;
Y al descender á un llano,
Sitio infeliz de la estacion postrera,
Le dije con amor: —¿Sería en vano
Que amaros pretendiera?
¿Sería como un niño que quisiera

Alcanzar á la luna con la mano?—
Y contestó con lívido semblante:
—No sé lo que seré más adelante,
Cuando ya soy vuestra mejor amiga.
Yo me llamo Constancia y soy constante.
¿Qué más quereis—me preguntó—que os diga?
Y, bajando al andén, de angustia llena,
Con prudencia fingió que distraia
Su inconsolable pena
Con la gente que entraba y que salia;
Pues la estacion del pueblo parecia
La loca dispersion de una colmena.

X.

Y, con dolor profundo
Mirándome á la faz, desencajada,
Cual mira á su doctor un moribundo,
Siguió:—Yo os juro, cual mujer honrada,
Que el hombre que me dió con tanto celo
Un poco de valor contra el engaño,
O aquí me encontrará dentro de un año,
O allí!...—me dijo señalando al cielo.
Y enjugando despues con el pañuelo
Algo de espuma de color de rosa
Que asomaba á sus labios amarillos,
El tren (cual la serpiente que escamosa
Queriendo hacer que marcha, y no marchando,
Ni marcha ni reposa),
Mueve y remueve, ondeando y más ondeando
De su cuerpo flexible los anillos;
Y al tiempo en que ella y yo la mano alzando,
Volvimos, saludando, la cabeza,
La máquina un incendio vomitando,
Grande en su horror y horrible en su belleza

El tren llevó hácia sí pieza tras pieza,
Vibró con furia y lo arrastró silbando.

CANTO TERCERO.

El crepúsculo.

I.

Cuando un año despues, hora por hora,
Hácia Francia volvia,
Echando alegre sobre el cuerpo mio
Mi manta de alamares de Zamora,
Porque á un tiempo sentia,
Como el año anterior, dia por dia,
Mucho amor, mucho viento y mucho frio;
Al minuto final del año entero,
A la cita acudí cual caballero
Que va alumbrado por su buena estrella;
Mas al llegar á la estacion aquella
Que no quiero nombrar, porque no quiero,
Una tos de ataud sonó á mi lado,
Que salia del pecho de una anciana
Con cara de dolor y negro traje;
Me vió, gimió, lloró, corrió á mi lado,
Y echándome un papel por la ventana,
—Tomad, me dijo —y continuad el viaje!—
Y cual si fuese una hechicera vana
Que, despues de un conjuro, en la alta noche
Quedase entre la sombra confundida;
La mujer, más que vieja, envejecida,
De mi presencia huyó con ligereza
Cual niebla entre la luz desvanecida,
Al punto en que, llegando, con presteza
Echó por la ventana de mi coche
Esta carta tan llena de tristeza,

Que he leido más veces en mi vida
Que cabellos contiene mi cabeza.

II.

—«Mi carta, que es feliz, pues va á buscaros,
Cuenta os dará de la memoria mia.
Aquel fantasma soy que, por gustaros,
Juró á estar viva á vuestro lado un dia.
»Cuando lleve esta carta á vuestro oido
El eco de mi amor y mis dolores,
El cuerpo en que mi espíritu ha vivido
Ya durmiendo estará bajo unas flores.
»Por no dar fin á la ventura mia,
La escribo larga... casi interminable!...
¡Mi agonía es la bárbara agonía,
Del que quiere evitar lo inevitable!
»Hundiéndose al morir sobre mi frente
El palacio ideal de mi quimera,
De todo mi pasado, solamente
Esta pena que os doy borrar quisiera
»Me rebelo á morir, pero es preciso...
¡El triste vive, y el dichoso muere!...
¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
Hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere
»¡Os amo, ¡sí! Dejadme que habladora
Me repita esta voz tan repetida;
Que las cosas más íntimas ahora
Se escapen de mis labios con mi vida.
»Hasta furiosa, á mí que ya no existo,
La idea de los celos me importuna;
¡Juradme que esos ojos que me han visto
Nunca el rostro verán de otra ninguna!
»Y si aquella mujer de aquella historia
Vuelve á formar de nuevo vuestro encanto,
Aunque os ame, gemid en mi memoria;

¡Yo os hubiera tambien amado tanto!...
»Mas tal vez allá arriba nos verémos,
Despues de esta existencia pasajera,
Cuando los dos, como en el tren, lleguemos
De nuestra vida á la estacion postrera.
»¡Ya me siento morir!... ¡El cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca ó muera el dia,
De mirar al lucero de la tarde,
Esa estrella que siempre ha sido mia.
»Pues yo desde ella os estaré mirando;
Y como el bien con la virtud se labra,
Para verme mejor, yo haré, rezando,
Que Dios de par en par el cielo os abra.
»¡Nunca olvideis á esta infeliz amante
Que os cita, cuando os deja, para el cielo!
¡Si es verdad que me amasteis un instante
Llorad, porque eso sirve de consuelo!...
»¡Oh Padre de las almas pecadoras!
¡Conceded el perdon al alma mia!
¡Amé mucho, Señor, y muchas horas,
Mas sufrí por más tiempo todavía!
»¡Adios, adios! Como hablo delirando,
No sé decir lo que deciros quiero!
¡Yo sólo sé de mí que estoy llorando,
Que sufro, que os amaba, y que me muero!»

III.

Al ver de esta manera
Trocado el curso de mi vida entera
En un sueño tan breve,
De pronto se quedó, de negro que era,
Mi cabello más blanco que la nieve.
De dolor traspasado
Por la más grande herida
Que á un corazon jamas ha destrozado

En la inmensa batalla de la vida,
Ahogado de tristeza,
A la anciana busqué desesperado;
Mas fué esperanza vana,
Pues, lo mismo que un ciego deslumbrado,
Ni pude ver la anciana,
Ni respirar del aire la pureza,
Por más que abrí cien veces la ventana
Decidido á tirarme de cabeza.
Cuando por fin sintiéndome agobiado
De mi desdicha al peso,
Y encerrado en el coche, maldecia
Como si fuese en el infierno preso,
Al año de venir, dia por dia,
Con mi grande inquietud y poco seso,
Sin alma, y como inútil mercancía,
Me volvió hasta París el tren expreso.

—

LAS TRES ROSAS.

POEMA EN TRES JORNADAS.

A mi invariable y afectuoso amigo

El Sr. D. Tomás Perez Anguita

en prueba de reconocimiento y cariño.

CAMPOAMOR.

PERSONAJES.

ROSA, *madre de*
ROSAURA, *madre de*
ROSALÍA.
JULIO MONTERO.
BLAS, *marido de Rosaura.*
DANIEL, *novio de Rosalía.*
UN AMANTE OLVIDADO POR ROSA.
UN MÉDICO.
SOR LUZ.
TITAN, *perro de Terranova.*
SATANÁS.

ROSA.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

Los dos miedos.

JULIO.—ROSA.

I.

Al comenzar la noche de aquel dia,
Ella, léjos de mí,
—¿Por qué te acercas tanto?—me decia;
—¡Tiengo miedo de tí!—

II.

Y despues que la noche hubo pasado,
Dijo, cerca de mí:
—¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin tí!—

ESCENA II.

La última palabra.

EL AMANTE OLVIDADO.—ROSA.

Cuando yo con el alma te queria,
¿Quién presumir pudiera
Que á despreciar ¡infame! llegaria
En tí y por tí la humanidad entera?

ESCENA III.

A rey muerto, rey puesto.

JULIO.—ROSA.

Murió por tí; su entierro al otro dia

Pasar desde el balcon juntos miramos;
Y espantados tal vez de tu falsía,
En tu alcoba los dos nos refugiamos.
Cerrabas con terror los ojos bellos.
El *requiescat* se oia. Al verte triste,
Yo la trenza besé de tus cabellos,
Y—¡traicion! ¡sacrilegio!,—me dijiste.
Seguia el de *profundis* y gemimos...
El muerto y el terror fueron pasando...
Y al ver luego la luz, cuando salimos,
—¡Qué vergüenza!,—exclamaste suspirando.
Decias la verdad. ¡Aquel entierro!...
¡El beso aquel sobre la negra trenza!...
Despues ¡la oscuridad de aquel encierro!...
¡Sacrilegio! ¡Traicion! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

ESCENA IV.

Hastío.

JULIO.—ROSA.

Sin el amor que encanta,
La soledad de un ermitaño espanta.
Pero es más espantosa todavía
La soledad de dos en compañía.

ESCENA V.

Las dos copas.

UN MÉDICO.—ROSA.

I.

Le dijo á Rosa un doctor:
—«Se curan de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral.
»Yo, aunque el método condene,

Lo dulce en lo amargo escondo;
Esta copa es la que tiene
Dulce el borde, amargo el fondo.
» Y por si quiere esa boca
Cumplir una vez mi encargo,
Tiene esta segunda copa
Dulce el fondo, el borde amargo.
»Dios, sin duda, así lo quiso,
Y esto siempre ha sido y es:
Tomar lo amargo es preciso,
Bien antes ó bien despues.»—

II.

Rosa luégo, de ánsia llena,
Dice en su amoroso afan:
—«Mezclados cual dicha y pena
Lo dulce y lo amargo van.
»Merced á doctor tan sabio,
Ve, aunque tarde, mi razon,
Que aquello que es dulce al labio
Es amargo al corazon.
» Yo, que hasta el postrer retoño
Agosté en mi edad primera,
Brotar no veré en mi otoño
Flores de mi primavera.
»Fuí dejando, por mejor,
Lo amargo para al final,
Y esto, segun el doctor,
Sabe bien, mas sienta mal.
»Cumpliré una vez su encargo:
Tú, copa segunda, vén,
Pues tomar ántes lo amargo,
Si sabe mal, sienta bien.
»¡Oh, cuán sabio es el doctor
Que cura de un modo igual

Las dolencias en amor,
En higiene y en moral!» —

ESCENA VI.

Un drama de familia.

JULIO.—ROSAURA.—ROSA (*oculta*).

I.

Siendo Rosa Valdés, segun mi cuenta
(Si bien por excepcion un poco rara),
Una mujer hermosa de cuarenta,
Que no tiene veinte años en la cara,
Casi es su otoño una estacion florida,
Lo mismo que lo fué su primavera,
Que es más bella tal vez que la primera
La juventud segunda de la vida.
De Rosa la hermosura es tan cumplida,
Que, cual si fuese un velo,
Cuando lo suelta al viento, toda entera
La oculta la madeja de su pelo;
Pelo que todavía
Un torrente sería
Del ébano más puro, si no fuera
Porque á veces, si lo ata ó lo desata,
Tiene ¡oh dolor! que eliminar severa
Unos hilos de plata
Que matizan su negra cabellera.
Lozana como un fruto ya maduro,
De buena fe aseguro
Que si á los quince abriles encantaba
Y á los veinte admiraba,
Seguia á los cuarenta mereciendo,
Pues toda la ciudad aseguraba

Que Rosa (y es verdad) más bien ganaba
Que solia perder envejeciendo.

II.

Pero la pobre Rosa
Es más que desgraciada, está celosa;
Y ya á la languidez de sus miradas
Se une de dia en dia
En su rostro de madre una sombría
Palidez de facciones fatigadas;
Pues de cierta ilusion roto ya el prisma,
Su pena más que pena, es un martirio,
Y vive en una especie de delirio
En que duda de todo y de sí misma.
La idea de su edad la atormentaba,
Pues aunque nunca se la oyó una queja,
Por momentos notaba
Que el amor de los otros la dejaba,
Aunque el que ella sintió jamas la deja...
¡Nada á madama Sevigné curaba
Del inmenso dolor de hacerse vieja!

III.

Mas como ya sabemos
Que los años que cuenta,
Aunque parecen veinte, son cuarenta,
Haciendo Rosa de dolor extremos,
Asegura que Julio es un infame
Porque la va olvidando.... Mas ¡Dios mio!
Despues de mucho tiempo, áun cuando se ame,
En el fondo de todo ¿no hay hastío?
¡Sí! y por eso, á pesar de sus traiciones,
Es, ha sido y será Julio Montero
Un gentil y cumplido caballero,
Que vive segun Dios y sus pasiones.

IV.

Como es Julio una débil criatura
Que en sus varios amores,
Gustando del amor por sus favores
(Como hombre que cree sólo en la hermosura,
Como se cree en la esencia de las flores),
Olvida despues que ama,
Y ama despues que olvida.
Mudar, siempre mudar, ¡ley de los seres!
Dulce ley que fué el norte de su vida,
Pues poco escrupuloso en sus deberes,
Practicando esa máxima sabida
De que es fuerza adorar á las mujeres,
Despues que á Rosa amó con fanatismo
Adoró de Rcsaura los encantos.
Mas ¿fué en Julio cinismo
Hacer lo que hacen tantos?
No lo creo, sabiendo por mí mismo
Que á quien más tienta el diablo es á los santos.
Por eso, aunque la madre es tan hermosa,
Ve Julio que es la hija hasta divina,
Y, en consecuencia, á Rosa
Con Rosaura reemplaza,
Pegándose aquel hombre á aquella raza,
Como se pega el muérdago á la encina.

V.

Rosaura, hija de Rosa,
Como niña nacida entre las flores,
Ademas de ser bella, era graciosa,
Pues no sé en qué botánico he leido
Que una hermosa mujer, cuando ha nacido
En medio de un jardin, es más hermosa.
Morena verdadera,

¡Cuán morena sería,
Que bien seguro estoy que pasaria
Por morena en Jerez de la Frontera!
Pecando en esta bella criatura
(Si se peca por eso)
Por demasiada gracia su hermosura,
Produce la dulzura
De su voz musical tanto embeleso,
Que el que la oye suspira,
Y hermosa hasta el exceso,
En los labios de todo el que la mira
Casi se ve cómo palpita un beso.

VI.

Perdidas y enterradas
En Rosa sus primeras emociones,
En la jóven Rosaura recobradas
Volvió Julio á encontrar sus ilusiones.
Mas cuando Rosa vió que él tiernamente
A Rosaura miraba embelesado,
Casándola de pronto honradamente,
La eliminó con honra de su lado;
Y así fué la infeliz casada en frío
Con un jóven galan de mucho brío,
Que, como un Lord, de sus haciendas vive;
Que aunque se llama Blas, es muy celoso;
Que toca, baila, canta y hasta escribe
Muy poco y mal como cualquier esposo;
Y con tal casamiento,
Rosa, aunque buena madre, amante artera,
Puso por el momento
Entre Julio y Rosaura una barrera.

VII.

De todos los encantos

Que Rosaura tenía
Era el mayor, aunque tenía tantos,
Que á traves de sus ojos todavía
Sólo cruzaban pensamientos santos;
Y por eso, entregada
A nobles expansiones,
Aunque mujer casada,
Es una niña grande tan honrada,
Que no piensa en las malas intenciones;
Y de Julio Montero, que la amaba,
Ella el amor oía
Con un cierto candor que enamoraba,
Pues casada de prisa, se creia
Libre en su amor, si en su deber esclava.

VIII.

Estando Julio de Rosaura al lado
En una noche, al acabarse el dia,
Bajo el fresco rincon de un emparrado
Que entre la casa y el jardin habia,
Rosa, aunque enferma, alzándose del lecho,
Poniendo en no ser vista un gran cuidado,
Se arrastró del jardin hasta la puerta,
Y dejándola á oscuras y entreabierta,
Se puso á oir en alevoso acecho.

IX.

Y miéntras Julio, que á Rosaura adora,
Con los ojos devora
Lo hermoso que nos causa calentura,
Muestra Rosaura, de abandono llena,
Aquel rostro en la flor de su hermosura,
Y ¡lo que es el amor! aunque es morena,
Salta de ella una especie de blancura.

¡Noche de amor en que el amor rebosa
En la cual las ideas son pasiones,
En que ostentan las flores sus botones
Con toda su turgencia misteriosa!
¡Noche clara, lo mismo que la aurora,
En la que en sombras, en rumor y flores,
Y en cánticos de amor de ruiseñores,
Se agota todo un Mayo en una hora!
Y cuando así los dos gozan unidos
De una dicha sensual y candorosa,
Encienden el ardor de sus sentidos
Los magnéticos ruidos
Que, electrizando la campiña toda,
En blando movimiento,
Pasando por los nidos,
Los va arrastrando y dispersando el viento,
¡Cantor eterno de la eterna boda!

X.

Entre la sombra de la noche aquella
En que ambos frente á frente se miraron,
Y sus almas los dos se derramaron,
Ella en el pecho de él, y él en el de ella,
Se dijeron amores
Como se abren las flores,
Como un ave es cantora,
Como lo quiere, cuando se ama el cielo,
Como en todo lugar y á cualquier hora
Alegre y bullidora
Coge el placer la juventud al vuelo;
Miéntras Rosa, escondida y desalada,
Oia cada frase
Cual si sintiese el frio de una espada
Que su pecho á traicion atravesase.

XI.

Como hace amar á prisa, muy á prisa,
El ardor que circula por las venas,
Cuando se aspira una templada brisa
Que es en lo dulce un céfiro de Aténas,
Julio ciego y Rosaura placentera,
Bajan enamorados
La pendiente hechicera,
Por la cual nos empuja arrebatados
La noche, nuestro amor, la primavera...
¡Aquel dosel tan bello
Que forma lo gentil del emparrado!...
¡La bruma de un lugar poco alumbrado!...
¡Lo oscuro y lo nupcial de todo aquello!...
¡Allá suspiros, ramas y dulzura,
Y acá fe y esperanza!...
¡A una parte deseos y ternura,
Por otro lado el ódio y la venganza;
Y aquí y allí los débiles quejidos
Que murmuran los pájaros dormidos!...
¡Oh imágen de la vida,
La dicha siempre á la desdicha unida!...
¡Vértigo que formaron combinados
La tierra, los abismos y los cielos,
Eternos remolinos encontrados,
Bien y mal, luz y sombra, amor y celos!...

XII.

Viendo Rosa llegar el gran instante
En que á su fin camina
La audacia habitual de todo amante
Que conoce la ciencia femenina,
A un ruido de suspiros que hizo el viento,
Como el vago rumor de una arboleda,

Exhaló un rudo acento
Cual si en aquel momento
Se hallase en el suplicio de la rueda;
Y cuando Rosa con furor repara
Que ya llega el instante de la hora
En que se hunde aquel puente que separa
A Eva inocente de Eva pecadora,
Al pié de la vidriera
De la puerta que daba á la terraza
Mira más... mira más... se desespera,
Y cae desmayada, cual si fuera
Una estatua que el rayo despedaza.

XIII.

Cuando Rosa caia sin sentido,
Cual si hubiese sufrido
Un fuerte martillazo en la cabeza,
Rosaura ante la culpa, con nobleza,
Casta, retrocedia,
Pues cuando ya perdia
Su corazon la calma
De un modo que no sé cómo aquel dia,
Sin saber lo que hacía,
No añadió el dón del cuerpo al dón del alma,
Al corazon venció con su cabeza,
Pues, áun envuelta en fuego,
Sabía con certeza
Que el mismo Dios vuelve la vista á un ciego,
Pero no vuelve á un alma la pureza.
Y siempre decidida
A hacer guardar del deshonor su vida,
Y sabiendo ademas que es más seguro
Que arrostrar las pasiones
Poner en ocasiones
Entre el deber y el corazon un muro,

Se lanzó hácia la estancia,
Santuario de los juegos de su infancia.
Del jardin á la puerta se avecina,
Y, viendo que no cede, empuja airada,
Y encendida, jadeante, fatigada,
Pisa un bulto, se inclina,
Vuelve á erguirse, y camina
Como si el bulto aquel no fuese nada;
Y la enferma, que á su hija huyendo mira,
Siente, al verse pisada,
Unas ráfagas de ira
De toda madre al corazon extrañas;
Y, más rival que madre, entónces Rosa
Al tocarla aquel pié, sintió celosa
El demonio del ódio en sus entrañas.

XIV.

Cuando ve Julio que Rosaura, huyendo
Del fuego que la abrasa,
Corre ciega, y corriendo
Sobre su madre moribunda pasa,
Al umbral de la puerta,
De sorpresa y terror petrificado,
—¡ Rosa!!...—exclama espantado.
Mas Rosa, medio muerta,
La cabeza, que á intérvalos levanta,
Como cortada con un hacha gira;
Va á contestar, pero su angustia es tanta,
Que entre sus labios la respuesta espira;
Vuelve á querer hablar y se atraganta;
Y al fin, más que decirlo, así suspira:
—Me asesinaste, adios; duerme si...—Muere,
Y el «si puedes», que apénas lo profiere,
Se le heló con la vida én la garganta.

XV.

¡La luna indiferente entónces muestra
Su disco ensangrentado,
Y una espantosa lividez siniestra
Echó sobre aquel cuadro desolado!

ESCENA VII.

Mal de muchas.

EL MÉDICO.—ROSAURA.

—¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida?—
Rosaura preguntó con desconsuelo.
—Murió, dijo el doctor, de una caida.
—Pues ¿de dónde cayó?—Cayó del cielo.—

ROSAURA.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

Bodas celestes.

JULIO.—ROSAURA.

Te vi una sola vez, sólo un momento;
Mas lo que hace las brisas con las palmas
Lo hace en nosotros dos el pensamiento;
Y así son, aunque ausentes, nuestras almas,
Dos palmeras casadas por el viento.

ESCENA II.

Las dos esposas.

ROSAURA.—BLAS.—SOR LUZ.

Sor Luz, viendo á Rosaura cierto dia
casándose con Blas,
—¡Oh, qué esposo tan bello! se decia,
¡Pero el mio lo es más!—
Luégo en la esposa del mortal miraba
La risa del amor,
Y, sin poderlo remediar, ¡lloraba
La esposa del Señor!

ESCENA III.

Madrigal.

JULIO.—ROSAURA.

Brotó un dia en Rosaura el sentimiento
De su primer amor, y en el momento
Volando un ángel, con fervor divino,
Para guiarla al bien del cielo vino,
Miéntras un diablo del infierno, ardiendo,
Para arrastrarla al mal, llegó corriendo.
Ante Rosaura bella
Angel y diablo, enamorados de ella,
Divinizado el diablo se hizo bueno,
Y el ángel se impregnó de amor terreno,
Y al ser transfigurados de este modo,
Por voluntad del que lo puede todo,
Fué el ángel al infierno condenado,
Y el diablo al cielo fué purificado.
¿De qué gracia y malicia estará llena
Mujer que con mirar salva ó condena?

ESCENA IV.

Memorias de un sacristan.

JULIO.—ROSALÍA.

I.

Dos de Abril.—Un bautizo.—¡Hermoso dia!
El nacido es mujer, sea en buen hora.
Le pusieron por nombre Rosalía.
La niña es, cual su madre, encantadora.
Ya el agua del Jordan su sien rocia;
Todos se rien y la niña llora.
Cruza un hombre embozado el presbiterio;
Mira, gime y se aleja: aquí hay misterio.

II.

A unirse vienen dos de amor perdidos.
El novio es muy galan, la novia es bella.
¿Serán en alma como en cuerpo unidos?
Testigos, primas de él y primos de ella.
En nombre del Señor son bendecidos.
Unce el yugo al doncel y á la doncella.
Dejan el templo, y al salir se arrima
Un primo á la mujer, y él á una prima.

III.

¡Un entierro! ¡Dichosa criatura!
¿Fué muerto, ó se murió? Todo es incierto.
Solos estamos sacristan y cura.
¡Cuán pocos cortesanos tiene un muerto!
Nacer para morir es gran locura.
Suenan las diez. La iglesia es un desierto.
Dejo al muerto esta luz, y echo la llave.
Nacer, amar, morir; despues... ¡quién sabe!

ESCENA V.

La gran noche lúgubre.

JULIO.—ROSAURA (*muerta*). — BLAS.—TITAN.

I.

Imágen de su madre á los veinte años,
Rosaura, hija de Rosa,
No murió con los mismos desengaños;
Mas, como ella, murió triste y hermosa.
Poco feliz, como tan mal casada,
Fué la mujer más buena entre las buenas,
Y aunque al amor de Julio encadenada,
Derramó en torno suyo, siempre honrada,
Casta, noble y altiva,
Ejemplos de virtud á manos llenas;
Hasta que al fin, rompiendo sus cadenas,
La muerte con amor, caritativa,
La libró de la carga de sus penas.

II.

Mujer tan infeliz como adorable,
Aunque era su virtud inquebrantable,
Su amor á Julio, de pureza lleno,
Fué inspirando al marido
Uno de esos rencores sin olvido
Que se arman del puñal y del veneno.
Pero el esposo, á medias ofendido,
Alcanzó, mas dichoso que temido,
Hacer en ella respetar su nombre,
Y la amó, aunque la amó sin esperanza
De ser jamas querido.
Muerta Rosaura, áun le quedó á aquel hombre
Un objeto en la vida: ¡la venganza!

III.

Julio Montero, en tanto,
Fiel de Rosaura la memoria adora,
Pues si fué en vida su terrestre encanto,
Su dulce nombre le parece ahora,
Unido ya á la muerte, grande y santo.
Y como él, ademas de su tristeza,
Es amor de los piés á la cabeza,
Todo el mundo repara
Que morirá por consuncion de cierto,
Pues desde el dia en que Rosaura ha muerto,
Su cara es el cadáver de una cara.
Y aspirando, en su inmenso desconsuelo,
A gozar á ella unido
Trasportes de la tierra allá en el cielo,
Aunque está inconsolable
No pide al cielo olvido;
Pues como todo sér que se ha querido
Al morir se dilata en lo impalpable,
Su mal no tiene cura,
Porque, ausente su imágen hechicera,
A la tumba bajando intacta y pura
Ya era más que una muerta, una quimera.
Y como siempre el que ama está celoso,
Y aquel que está celoso es desgraciado,
Para hallar en la vida algun reposo,
Pensó en abrir con el mayor cuidado
Un hoyo en el rincon del cementerio,
Y el cuerpo de Rosaura, cariñoso,
Trasladar á aquel hoyo con misterio,
Y secreto dejar lo misterioso;
Y de su vida en el postrero dia
Ser con ella enterrado, y de esta suerte,
Dormir por fin con la que más queria

IV.

Cuando con gran misterio
Camina Julio á trasladar la muerta
A otra tumba, que abierta
Tenía en un rincon del cementerio,
Torpes, volando, lúgubres gemian
Los pájaros nocturnos por el cielo,
Y rastreando amarillas por el suelo
Lucecillas de fósforo corrian.
Mas venciendo impasible
Esas negras visiones
Que, aterrando á los bravos corazones,
Suele el miedo sacar de lo invisible,
Hácia la tumba de Rosaura avanza
Con pié seguro y cauteloso oido,
Aunque no habia en torno un solo ruido
Que no fuese un terror ó una esperanza;
Y á Rosaura exhumando, en el instante
Que descubrió con ánsia verdadera
Su rostro de alabastro,
El color de aquel lívido semblante
Alumbró el cementerio, cual si fuera
La luminosa palidez de un astro.

V.

Cuando Julio veia,
A la espectral penumbra que salia
De la lívida faz de aquella muerta,
Que su boca entreabierta
Respirar parecia,
Creyó su pensamiento
Que alguna hada, tal vez compadecida,
Tomándola, al morir, con mucho tiento

En el sueño del último momento,
Se la llevó al sarcófago dormida;
Y acercando su boca,
Besar quiso su frente;
Mas viendo un Crucifijo
De su cuello pendiente,
Con la misma dulzura con que toca
La golondrina el agua con sus alas,
Besó piadosamente
Con sus labios amantes
El Cristo de marfil lleno de galas,
Que tenía por lágrimas diamantes
Y sangre de rubíes en la frente.

VI.

Coge en brazos la muerta,
Que estrecha convulsivo contra el pecho,
Y al caminar derecho
Hácia la tumba por su mano abierta,
Blas (que en pérfido acecho
Con ojos de serpiente
Velaba oculto entre la sombra incierta)
Con expresion furiosa de alegría
Desenvaina un puñal y, de repente,
Clavándolo en el bulto que veia,
De los brazos de Julio, derribada,
Cayó la pobre muerta asesinada;
Pues con tan mala suerte
Blandió el arma, furioso,
Que el marido celoso
En su mujer apuñaló á la muerte.

VII.

Viendo Julio, al hallarse sorprendido,
Que es menester herir ó ser herido,

Hace frente, de cólera azuládo,
Al vengativo esposo
Que le sigue, tornándose, celoso,
Blanco, rojo y despues amoratado;
Y cuando Blas airado á Julio alcanza,
Uno del otro asidos,
Por todas sus potencias y sentidos
Respiran el placer de la venganza.
Sigue á un golpe mortal otro más recio;
La rabia los trasporta hasta la furia;
Se devuelven desprecio por desprecio,
Y es cada golpe una mortal injuria;
La lucha, más que lucha, es un tanteo;
Se repelen, se abrazan, se sofocan,
Y cada vez que contra el suelo tocan
Adquieren nueva fuerza, como Anteo.
Se espian el marido y el amante,
Uno de ellos sagaz y otro siniestro,
Hasta que cae en el supremo instante
Sobre el hombre feroz el hombre diestro;
Pues el ciego marido
Hácia atrás impelido
Como una mole por el rayo herida,
Resbalando en la tierra removida,
Cayó de espaldas en la tumba abierta.
Julio despues, amontonando activo
Sobre él la tierra que á coger acierta,
Entierra al hombre vivo,
Dejando así sin enterrar la muerta.

VIII.

Despues Julio, aterrado
Ante la inmensa atrocidad del hecho,
Viendo al vivo enterrado
E insepulta á la muerta,

Tres veces hizo con la boca abierta
El signo de la cruz sobre su pecho.
Luego volvió los ojos espantado,
Con la mirada incierta,
Como un tigre enjaulado
Que busca para huir cualquiera puerta;
Pues ya era entónces su cuidado tanto,
Que creyó que la muerta se movia,
Y en su mortal quebranto
Con evidencia tal Julio creia
Que hácia sí algun fluído la atraia,
Que á la salida del retiro santo
Ya fué miedo el cuidado que tenía,
Y el miedo al fin se convirtió en espanto;
Y huyendo de Rosaura y del marido,
Cuanto más presto corre, más se asombra,
Al notar que al huir se ve seguido
De un sudario que andaba precedido
De algo negro, más negro que la sombra.

IX.

Y al escapar, del miedo que sentia,
Cual teniendo alas en los piés, volaba,
Y el sudario arrastrando le seguia,
Y en su horror se fingia
Mil ruidos inauditos que escuchaba,
Mil cosas invisibles que veia;
Y cuanto más corria,
Viendo aquella blancura
Por una cosa negra arrebatada,
Dudando si existia ó no existia,
Pensaba en su locura
Si aquella forma pálida y oscura
Ya del mundo hasta el fin le seguiria,
Pues al cruzar por montes y laderas,

La muerta parecía
Que tendiendo la mano, le decia:
—¡Siempre te seguiré; vé donde quieras!—

X.

Y á un cielo que pareco, aunque estrellado,
De ceniza cubierto,
Viendo el campo desierto,
Y el desierto de espectros erizado,
Cual si á danzar surgieran á su lado
Las fantásticas momias del Roberto,
Corre á campo traviesa, perseguido
Por cien deformidades misteriosas;
Y aunque sólo entreve, desvanecido,
Los vagos lineamentos de las cosas,
Mira el cadáver que le sigue amante,
Y el bulto negro que entreve delante
Lanzándole miradas horrorosas;
Y conforme le sigue, él huye y huye,
Y la tierra, entre tanto, rueda y rueda,
Y viendo cuanto en torno le circuye
Sumido en una lúgubre humareda,
Ya ver le parecia
En un abismo el universo hundido;
Pues rendido, jadeante,
Viendo siempre delante
El negro azul; la inmensidad sombría,
Es tal su estado de vision completa,
Que cree en su desvarío
Que el mundo se ha volcado en el vacío,
Y que él pasó de un salto á otro planeta.

XI.

Aunque ya para Julio se convierte
En vision lo visible y lo invisible,

Como siempre, invencible,
Aun flota en aquel cáos de la muerte
De su sér la conciencia insumergible:
Y al ver brillar un rio, que parece
Un espejo de acero,
Que líquido ondulando fosforece,
Arrebatado al fin Julio Montero,
Con varonil firmeza
Se echó aterrado al agua de cabeza.
Mas cuando ya indolente
Se dejaba arrastrar por la corriente,
En medio de su horrible desvarío
Sintió que le agarraba alguna cosa,
Y una mano invisible y poderosa
Le iba sacando con afan del rio.

XII.

Volviendo Julio en sí pausadamente,
Se halló echado á la orilla del torrente;
Y estando ya de su razon seguro,
A la márgen del rio, al pié de un cerro,
De la noche y del agua al claro oscuro,
Entre la muerta y él mira su perro
Que fija en él tranquilas,
Pardas, cual las del buho, sus pupilas.
Y, como el ebrio que sacude el sueño,
Entónces se da cuenta poco á poco
De que el perro, fielmente,
A la muerta arrastrando hasta el torrente,
Fué volviendo á su dueño
Feroz de miedo y de pavura loco.
Y repentinamente
—¿Qué haré?, se preguntó. Dudó un momento,
Y entrando en posesion de su existencia,
Pasó del pensamiento á la conciencia,

Despues de la conciencia al pensamiento;
Y al fin, con la entereza del espanto
Echa el cadáver de Rosaura al rio,
Y arrepentido ya de amarla tanto,
Más que en su cuerpo, en su alma siente frio.

XIII.

Avezado á su noble servidumbre
Titan, el perro fiel de Terranova,
Echándose tras ella por costumbre,
Lucha por ver si al agua el cuerpo roba
Que su dueño arrojó sin pesadumbre;
Mas Julio, indiferente y alelado,
Que lo que ántes amó detesta ahora,
Sube al cerro empinado
Donde se sienta triste y casi llora.
Y allí puesto en alerta,
Y presumiendo que jamas sería
La huella de su crímen descubierta,
Desde lo alto del cerro
Mira con alegría
De Rosaura el entierro
Que en el agua va á hallar tumba sombría;
Y al perro y al cadáver contemplando,
Arrastrados los ve por la corriente
Que flotaban dejando
El rastro de una luz fosforescente;
Y con ojos abiertos
Por el terror desmesuradamente,
Ve al perro que, luchando sin descanso,
Ya hundiéndose en las aguas, ya subiendo
Pide auxilio, gimiendo,
Hasta que al fin, del rio en lo más manso,
Se cumplió su destino,
Pues al llegar á un pérfido remanso

Se los sorbió á los dos un remolino.

XIV.

Todo esto lo ve Julio desde el cerro
Con el cuerpo aterido, el alma yerta...
Mucho más fiel que el hombre, el pobre perro
Ni siquiera al morir soltó á la muerta.

ESCENA VI.

El anónimo.

JULIO.— UN ANÓNIMO.

Sobre la tumba de ella escribió un dia:
—¡Por darte vida á tí, me mataria!—
Y al otro dia, por autor incierto,
Con lápiz al final se vió añadido:
—Si ella hubiese vivido,
Ya de hastío tal vez la hubieras muerto.—

ROSALIA.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

Madrigal.

JULIO.— ROSALÍA.

Hay un rincon maldito en el infierno
Desde el que, en vaga y celestial penumbra,
Para aumentar el sufrimiento eterno,
Otro rincon del cielo se columbra.

¿Por qué de mi alma el tenebroso invierno
La hermosa luz de tu semblante alumbra,
Si es mirarse en tus ojos retratado
Hacerle ver el cielo á un condenado?

ESCENA II.

El almez.

JULIO.

I.

Junto á este mismo almez á *Rosa* un dia
Hice votos de amarla eternamente.
Se está oyendo en el aire todavía
De mi acento el rumor.
¿Por qué siento, mis votos olvidados,
Esclavo de otra fe, nuevos ardores?
Pasa el tiempo de amar y ser amados,
Mas no pasa el amor.

II.

Otro dia, á *Rosaura* encantadora,
Al pié del mismo almez juré lo mismo,
Y recuerdo que, entónces, como ahora,
Cantaba un ruiseñor.
Pasó el tiempo, y los nuevos ruiseñores
Vinieron á cantar á otra hermosura;
Porque se van amados y amadores,
Pero queda el amor.

III.

Despues, al pié de este árbol, he sentido,
Extático mirando á *Rosalía*,
Momentos de emocion, en que he perdido
Para siempre el color.

¡Ay! ¿Pasarán, como pasaron ántes,
Si no el amor, las almas que lo sienten?
¡Sí! ¡Qué es siempre, siendo otros los amantes,
Uno mismo el amor!

IV.

Almez, á cuyo pié tanto he adorado;
De amores, que áun vendrán, altar querido;
Que enciendes, recordando mi pasado,
De mi sangre el ardor...
Tú morirás, cual muere nuestra llama,
Y otro árbol nacerá de tu semilla,
Porque, aunque es tan fugaz todo lo que ama,
Es eterno el amor.

V.

Y cuando el mundo al fin sea extinguido
Y se oiga en las regiones estrelladas
Del orbe entero el último crujido
En inmenso fragor,
Dios de nuevo la nada bendiciendo,
De ella hará otros almeces y otros mundos,
E irá un hervor universal diciendo:
—¡Amor! ¡amor! ¡amor!...—

ESCENA III.

¡Así!

ROSALÍA.—DANIEL.

I.

—Mira hácia allá. Tu eléctrica mirada
¿Por qué se clava con ardor en mí?
¡Es mi pecho un volcan! ¡Muero abrasada!
¡No me mires así! —

II.

—Mira hácia acá. Tus ojos inconstantes
Ya no se clavan con ardor en mí;
Si he de vivir, mírame *así*... como ántes...
Fíjate bien: *¡así!* —

ESCENA IV.

Las églogas modernas.

ROSALIA.—JULIO MONTERO.—DANIEL.—LA LUNA.—EL POETA.

I.

Ya habia poca luz en la montaña
Y era casi de noche en las honduras,
Viéndose á un tiempo, en perspectiva extraña,
Bajo un monte con luz, valles á oscuras.
En uno de los valles de esta sierra
Se halla un jardin oscuro y pintoresco
Que parece olvidado de la tierra;
Y del jardin en el rincon más fresco,
Un cenador formado por almeces
Donde no se ve luz ni se oyen ruidos,
Y hay tanta paz en su interior, que, á veces,
Hacen en él los pájaros sus nidos.
Contándose los dos esos secretos
Que suelen escuchar los cenadores,
Cuando á oidos discretos
Se acercan unos labios habladores,
Están al fin de este apacible dia
En aquel cenador, sin luz ni ruidos,
Sobre un banco, Daniel y Rosalía,
Deshojando unas flores distraidos.

II.

Hermosa nieta de su hermosa abuela,
Rosalía, entre flores confundida,
Sobre el banco, que el musgo aterciopela,
A Daniel escuchaba embebecida
Cuando tenía apénas
La edad en que ya corre por las venas
El alma confundida con la vida.
Ademas de ser bella,
Se admiraban en ella
Los lindos piés y las pequeñas manos
Y su cútis tenía
Ese matiz que se llamó algun dia
El *bético color* por los romanos.
Pasando en Aviles por gaditana,
En Cádiz se decia
Que era prima del sol y peruana,
Pues siendo tan morena Rosalía,
Con la tez de su abuela competia
Su tez de cuarterona de la Habana.

III.

Nuestro Julio Montero
Que á Rosalía con furor amaba,
Recuerda cuando Rosa le juraba
Que es el último amor el verdadero.
Con respeto profundo
Cumplia como noble sus deberes,
Y á no encontrar morenas en el mundo
Sería un Escipion con las mujeres.
Pero ignorando yo por qué razones
A su ardoroso seno
En el color moreno
Le enviaba Satanas mil tentaciones,

Fué una tras otra, y en creciente, amando
Tras de Rosa, á Rosaura y Rosalía,
Las tres morenas y las tres hermosas;
Y por eso con honda simpatía
Fué en su pecho reinando
La bella dinastía de las Rosas.
Sólo tuvo en el mundo tres amores,
Ligero uno, otro grave, otro profundo;
Positivo y equívoco el primero;
Casto, ardiente y fantástico el segundo;
Y ultra-amante y platónico el tercero,
Y, segun la sentencia del profeta,
—*Como los hombres para amar son ciegos*—
Halló Julio en sus sueños de poeta
En la abuela, en la hija y en la nieta
Toda la gracia antigua de los griegos:
Y amante, á su pesar, de Rosalía
Estaba tan celoso, tan celoso,
Que el pobre, un poco viejo, no sabía
Pensar en Luis XIV, que decia:
—A mi edad, mariscal, nadie es dichoso.—

IV.

Era tanta la fe con que queria,
Que ¡ perdonad la execracion, Dios mio!
El lecho de su madre quemaria,
Si los viese con frio,
Por calentar los piés de Rosalía.
No hay crímen ni bajeza
Que no cometa un hombre, si celoso
Tiene un horno encendido por cabeza;
Por eso el dia aquel Julio envidioso,
Siendo más bien que un necio un insensato,
¡ Oh inocente candor de los sesenta!
Quiere escuchar un rato

Lo que Daniel á Rosalía cuenta;
Y como ántes ya dije que tenía
El bello cenador por ambos lados
Asientos de granito desgastados,
En uno de los cuales aquel dia
Juntos están Daniel y Rosalía
Con dejadez asiática sentados,
Julio, que amaba con senil terneza,
Y era más bien demente que culpable,
Poco ántes, sacudiendo la cabeza
Como un loco incurable,
Queriendo ver y oir el miserable
Lo que habia en su amor de misterioso,
Exaltada su ardiente fantasía
Se escurrió cauteloso
Cual si fuese un reptil, bajo el asiento
En que estaban Daniel y Rosalía....
Julio en aquel momento,
Siendo un hombre hasta bello, era espantoso.

V.

Miéntras están del cenador á un lado
Daniel y Rosalía
Sentados en el banco, que tenía
Por la lluvia el cimiento socavado,
Bajo el asiento echado,
Y oculto en situacion tan vergonzosa,
Se acuerda Julio de Rosaura y Rosa
Cual de un eco lejano del pasado;
Y agolpársele siente,
Ya arrepentido de su mal consejo,
El rubor á la frente,
Pues tarde ve que, desdichadamente,
Sin llegar á ser sabio, se hizo viejo.
Y ¡pobre Julio! su ansiedad es mucha,

Pues cree que encima del asiento imitan
Del tormentoso amor la ardiente lucha
Las ramas que se agitan....
Y es que para un celoso, cuando escucha,
Los silencios parece que palpitan.
Mas ¿ qué hacen esas almas encantadas
De corazon tan jóven como ardiente ?
Nonadas nada más, simples nonadas ;
Lo que se suele hacer naturalmente
Cuando brota el amor de dos miradas ;
Lanzar ayes de amor que hacen un ruido
Como de santa intimidad de nido ;
Esas cosas, henchidas de placeres,
Que cuando se aman hombres y mujeres,
Se dicen muy cerquita y al oido ;
Lo que se dice en víspera de bodas,
Por lo cual Rosalía, hablando quedo,
Murmura como todas
Las que van á casarse :—¡ Tengo miedo !—

VI.

¡ Pájaro fascinado, que aturdido
En la boca cayó de la serpiente,
Ve Julio, arrepentido,
Que nada oye ni ve, pues solamente
Como si fuese el aura,
La hija encantadora de Rosaura,
Haciéndole cosquillas en la frente,
Le roza sin querer con el vestido !
Y á aquel roce magnético, sintiendo
Los celos de la carne acres y extraños,
Sin poder oir nada, estuvo oyendo
Diez segundos más largos que diez años ;
Y unos ojos abria
Cual los que abre un ahogado en su agonía

En el fondo del agua;
Más ni el pié vió siquiera á Rosalía,
Porque un doblez de encaje de la enagua,
Como á un astro una nube, lo cúbria;
Y su amor maldiciendo,
Echa al cielo, gimiendo,
Con un resto de juicio,
La mirada de un hombre que está viendo
Que en el fondo se echó de un precipicio,
En tanto que despiden á porfía
Los ojos de Daniel y Rosalía
Relámpagos de luz y de deseos
Al rumor de los tiernos cuchicheos
De pájaros nacidos aquel dia.

VII.

¡Ay! una vez que de gentil manera
Dió un salto sobre el banco Rosalía
Como una cervatilla en la pradera,
Julio vió que el asiento se bajaba
Y al grave peso de los dos cedia...
Y al verlo, su cabello se erizaba,
Y ahogándose, el aliento retenia,
Y el curso de su sangre se paraba.
Mas como es su desgracia una vergüenza,
A resistir el peso maldecido
Con el valor de un Hércules comienza,
Y ya en su hueco de reptil metido
Para oir á Daniel y á Rosalía,
Ni pudo articular ningun sonido,
Ni moverse del sitio en que yacia;
Y al fin, cuando repara
Que si el banco á la base mal sujeto
Baja algo más le aplasta por completo,
Toma de Julio la siniestra cara

Un color de cabeza de esqueleto.

VIII.

Julio echando hácia arriba
La mirada de un lobo encadenado,
Con temor infinito
Ve que el cimiento en que el asiento estriba
Por el tiempo y la lluvia descarnado,
Deja correr hasta el nivel del suelo
El banco de granito,
Como si fuese un témpano de hielo;
Y aunque ahora, como ántes,
Creen oir los amantes
En lo profundo de la sombra un ruido
Parecido al rumor de unas congojas,
Creyendo que habrá sido
El dulce remolino de unas hojas,
Siguen quietos Daniel y Rosalía,
Miéntras Julio sentia
Un momento de angustia inexplicable...
¡Miserable! ¡Oh! ¡mil veces miserable!
¡Qué escena tan cruel pareceria
Si nos pintasen con su ardiente estilo
Situacion de dolor tan lamentable
El fiero Dante ó el poderoso Esquilo!

IX.

Quejoso Julio de su suerte inicua,
Tiende al cielo una mirada oblícua,
Y al traves de la trémula enramada
Ve la luna plateada
Que alzándose, cual nunca placentera,
Con su luz entre blanca y azulada

Cree que lè viene á hablar de esta manera
—Oye, Julio, á tu vieja conocida.
¿Qué suerte adversa á sostener te trajo,
Vil Sisifo, esa losa desprendida?
¡Qué amor arriba y qué dolor abajo!
Nace uno y otro muere: ésta es la vida
¡Asesino de Rosa,
Por quien Rosaura se murió de pena!
Ya ves que es esta vida una cadena
En que nace una cosa de otra cosa;
Y por eso sin duda al cielo plugo
Que sea en esta noche tan serena
Dios tu Juez, Rosalía tu verdugo!
¡Qué burla tan amarga de la suerte!
Nada se pierde, Julio, ni se olvida.
Hoy la nieta de Rosa, al darte muerte,
Une el fin y el principio de tu vida.
¡Adios! Se hunde la losa, gime y reza;
Aprovecha piadoso
El último momento luminoso
Que nos presta al morir naturaleza.
¡Adios! ¡adios! ¡Tu amor era un delirio.
Pide al cielo piedad y muere en calma.
¡Tal vez Dios te perdone, pues que tu alma
Llegó á la expiacion por el martirio!—
Y al soñar que la luna así le hablaba,
Metido en aquel lecho de Procusto
El semblante de Julio ya tomaba
La térrea y fria palidez de un busto,
Diciendo, porque á Rosa recordaba,
En vez de blasfemar: —¡el cielo es justo!—
Y al trasponer la cima de un vallado,
La luna parecia
Que, recordando á Julio su pasado,
—¡La expïacion!...—cruel le repetia.

X.

Y en tanto que seguia indiferente
La luna su camino,
Y que arriba y abajo eternamente
Marchaba cada cosa á su destino,
Ni sentados, ni en pié, medio apoyados
Para contarse el fin de algun secreto,
Derriban los amantes por completo
Del banco los cimientos socavados.
¡Y en el fatal momento
En que el peso insufrible del asiento
Los poros de sus miembros aplastados
Brotaban un sudor sanguinolento,
A tientas Rosalía y vacilante
Para hacer más graciosa una postura,
Sobre el rostro de Julio agonizante
Con el pié se asegura;
Pisa, se afirma, la sedienta boca
Del moribundo con el pié sofoca;
Suena un ruido, la losa desprendida
Aplasta á Julio en su mortal caida,
Y siendo a un tiempo muerto y enterrado,
Besó el pié que le ahogaba el desdichado,
Con el último aliento de su vida!

ESCENA V.

El alma en venta.

JULIO. — SATANAS.

Así con Satanas Julio habló un dia:
—¿Quieres comprarme el alma? —Vale poco.
—Tan sólo por un beso la daria.
—Antiguo pecador, ¿te has vuelto loco?
—¿La compras? — No.—¿Por qué?—Porque ya es mia

LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS

POEMA EN DOS CANTOS.

A mi querida sobrina

La Señora Doña Elvira Yrulegui de García Caballero.

Te dedico este poemita, escrito á la memoria de A..., porque habrás observado que hace tiempo que acostumbro á poner al frente de muchas de mis composiciones el nombre de alguna persona amada, y es porque, desde que me voy haciendo viejo, solo sé vivir rodeado de los seres que, como tú, me quieren entrañablemente.

CAMPOAMOR.

LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS.

CANTO PRIMERO.

Escribiré mañana.

I.

Del mar junto á la orilla
Está Vega, lugar que, aunque pequeño
Para ser una villa,
Casi es un Lóndres para ser aldea;
Y allí vive, en el punto más risueño,
Tejiendo y destejiendo Dorotea
La tela de Penélope de un sueño.
¡Pobre niña, que áun vive
Con la fe de esas almas tan honradas
Que creen que las promesas son sagradas,
Y un ángel en el cielo las escribe!

II.

¡No lo extrañeis, espíritus amantes,
Si veis que el autor llora
Al recordar ahora
Memorias que no tienen semejantes!
¡Nos dicen ¡ay! que el tiempo y la distancia
Sofocan los recuerdos de la infancia!...
¡Yo, al restañar esta mortal herida,
Me olvido de treinta años de mi vida!
Y es tan cierto, lector, lo que te digo,
Que lloro, aguardo, me sereno, y sigo.

III.

Nuestra bella heroína
Cumplia quince Abriles aquel año,
Y, lo que es increible por lo extraño,
Se murió sin saber que era divina.
Es la sola mujer que he conocido,
Aunque ya soy tan viejo,
Que con aire modesto y distraido
Se peinase de espaldas al espejo;
Y eso que era envidiada
Por todas las muchachas casaderas,
Cuando, admirablemente despeinada,
Llevaba, entre ondas de oro sepultada,
Cubiertas con el pelo las caderas.

IV.

Creia mucho en Dios, y hasta creia,
Como todas las almas candorosas,
Que Dios suele matar por muchas cosas
Por las cuales yo vivo todavía.
Severa, cuanto afable,
Honraba de sus padres la nobleza,
Teniendo una belleza incomparable,
Y un alma superior á su belleza;
Y pura, como el dia
Que recibió las aguas del bautismo,
No entendia el misterio de los nombres
De esas cosas de que habla el catecismo,
Que una jóven llamó «pecados de hombres.»

V.

Nuestra hermosa de Vega
A Justo amó; pero le amó tan ciega,

Quo ajena de dobleces y de engaños,
En todos sus quince años
No pensó ni un momento
Que es una gran locura,
Que nunca tiene en las mujeres cura,
Eso de amar á un hombre de talento.
Sin poner la virtud en ejercicio,
Todos, todos, de Justo aseguraban
Que ya empezaba *á aborrecer el vicio.*
Prudente, aunque no siempre, en sus acciones,
Amaba la moral que profesaban,
Como buenos y cómodos varones,
Los Horacios, Los Riojas y Leones.
Iba por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido ;
Y seguia las huellas
De esos nobles bribones
Que hablan mal y desprecian sus pasiones,
Y que mueren por fin víctimas de ellas.

VI.

Pero Justo ¿ qué hacia,
Que prometió escribir á Dorotea,
Y la carta aguardada no venía?
¿ Qué hacía ?—Ni lo sé, ni él lo sabía.
Teniendo siempre de escribir la idea,
Se iba el tiempo marchando y no volvia,
Y de este modo Justo y Dorotea
Miéntras ella esperaba, él no escribia;
Pues aunque en ánsia de escribir ardia,
En su alma, entre española y mahometana,
Pudo más la pereza que la gana,
Y así pasaba un dia y otro dia
Diciendo siempre:—escribiré mañana.—

VII.

Y ¿qué hombre, ménos él, no hubiera escrito
A aquel sér adorable y no adorado,
Viendo en sus ojos el color sagrado
Del vïoleta azul de lo infinito!...

VIII.

¡Gracias á Dios! Con alegría suma
Tomó un dia la pluma...
Y despues de tomada...
Decidido á hacer algo, no hizo nada.
Y oid, tristes cual yo, de qué manera
Se fué pasando una semana entera:
Lúnes; me siento enfermo.
Mártes; ¡es tan mal dia!
Ya es *miércoles*. ¡Qué sol! La tarde es fria.
Juéves. ¿Escribo? Escribiré. Me duermo.
El escribir en *viérnes* me da susto;
Será mucho mejor, á fe de Justo,
Que mañana, que es *sábado*, la escriba,
Y el *domingo*, que es fiesta, la reciba.
Y al fin de la semana,
Cuando el domingo llega,
Miéntras él con la calma que tenía,
— Mañana escribiré, — se repetia,
En el puerto de Vega,
Ya presa de mortal melancolía,
Ella decia: — ¡escribirá mañana! —

IX.

Ya un dia entusiasmado
Al papél y al tintero se abalanza,
Mostrando en su semblante alborozado
La alegre animacion de la esperanza;

Y,—¡oh Dios, cuánto la adoro!—
Decia enamorado...
Y ¿escribió? No señor. ¿Por qué? Lo ignoro;
Mas no falta quien crea,
Que no escribió á la pobre Dorotea
La carta deseada,
Porque ¡oh maldad del corazon humano!
El dia aquel se lo estorbó la mano
De una cierta coqueta retirada.

X.

Otra vez que, exaltado y medio loco,
Quiso escribir (pero, ¿escribió?; tampoco:)
Como un niño pequeño
Se echó enfadado y se durmió tranquilo;
Que es el cansancio material un hilo
Que tira de nosotros hácia el sueño:
Y como á los veinte años que tenía,
El dormir bien no es una cosa rara,
Ya á más de la mitad del otro dia
Dijo, brillando en su apacible cara
La risa del candor que en Dios confía:
— Por voluntad del cielo soberana
Mañana podré estar ó muerto, ó vivo;
Pero, lo que es mañana,
Lo juro por mi honor, ó muero, ó escribo.—

XI.

¡Siempre igual! Esperando la venida
Del mañana maldito,
¡Cuántas cartas Dios mio, en esta vida
Debiéndose escribir, no se han escrito!
¡Son tantas!... pero ¡tantas!...
Las cartas ¡ay! que sin nacer murieron!

Y al mismo tiempo ¡cuántas
Sin deber ser escritas, se escribieron!

CANTO SEGUNDO.

Mañana escribirá.

I.

Miéntras él en Madrid, que es donde vive,
Piensa sólo en la carta que no escribe,
Ella encerrada en Vega,
Sólo espera la carta que no llega.

II.

Tan eterna tardanza,
Ya la inquieta de modo
Que siente intermitencias de esperanza:
Y cual la pobre gente
Que es muy poco feliz y es inocente,
Ya cree que el cielo se entromete en todo,
Y que, probablemente,
En castigo tal vez de algun deseo,
La mano del Señor secretamente
Le va á sacar las cartas del correo.
¿Y hacía muchos votos? ¡Ya lo creo!
En materia de afectos y deberes,
¿Qué cosa habrá, por frívola que sea,
Por la cual, imitando á Dorotea,
No hagan votos secretos las mujeres?
Por eso, uniendo á la bondad que tiene
La natural superstición del que ama,
Si canta un gallo en el jardin, exclama:
—Esa es señal de que mañana viene.—
Para todas las luces y los ruidos,

Sus ojos multiplica y sus oidos.
Oye un rumor y dice : — es el cartero —
Y llega á ser este héroe callejero
La más dulce tal vez de sus manías,
Pues firme en el balcon como una roca,
Abre, al verle llegar todos los dias,
Unos ojos más grandes que la boca.

III.

Tanto era lo que amaba,
Que daba por muy justas y muy buenas
Sus muchísimas penas,
Si la carta llegaba;
Y darle prometió, si se casaba,
A San Antonio un ramo de azucenas.
¡Ay! la pobre ignoraba
Que en materias de amor y matrimonio,
Por muy triste que sea,
Puede más que los santos el demonio...
Por eso no veia Dorotea
Lo mal que se portaba San Antonio.

IV.

Era tal la inocencia
Que á su amorosa obcecacion se unia,
Que, haciendo penitencia,
De rodillas y en cruz, pasaba el dia;
Y acabando su historia
En la esperanza y la virtud cerrada,
Más que en el mundo al fin pensó en la gloria;
Siendo su fe tan pura y tan ardiente,
Que se puso á pan y agua solamente,
Como una pensionista castigada.
Feliz con sus manías,
Y dispuesta á hacer frente á los reveses

De tantos desengaños,
Como dió fin un mes de treinta dias,
Un año se pasó de doce meses,
Y pasaria un siglo de cien años;
Siendo ya tan completo
Su triste estado de ascetismo inerte,
Que, para ser de véras esqueleto,
Ya no faltaba allí más que la muerte.

V.

Y como ella sabía
Que se suele morir cuando amanece,
(Suspirando una tarde, en que parece
Que da un adios al sol, padre del dia),
En su cara preciosa
Más bien que iluminada, luminosa,
Mostrando la expresion de un grande espanto,
Sacó del pecho, humedecido en llanto,
Aquella llavecita sigilosa
Que todas las mujeres guardan tanto;
Llave de honor, bajo la cual habia
Dejado, á no dudarlo, bien cerradas
Las cien contestaciones que tenía
A la carta, no escrita, preparadas.

VI.

¡Cuántas madamas Sevignés habria
Si saliesen á luz los borradores
De las cartas de amores
Que en el seno del alma se conciben,
Y se escriben despues, ó no se escriben!
¡Yo creo que los muchos desengaños
Que dan los hombres de malicia llenos
Matan todos los años
Un millon de Eloisas por lo ménos!

VII.

Pues, como ántes decía,
Entre risueña y grave,
Así le habló á una amiga que tenía:
—Si mañana me muero,
Me esconderás aquí, junto á esta llave,
Una carta que espero.—
Y ya cumplido este deber postrero,
El más caro tal vez de sus deberes,
Vuelve á guardar la llave
(Que sólo Dios lo que encerraba sabe)
En aquel pecho hermoso,
Ese rincon de cielo misterioso
Donde todo lo esconden las mujeres.
Y al ver que su esperanza era ilusoria,
Y la carta esperada no venía,
—¡Cuánto siento — añadia,
—Morir sin aprenderla de memoria!—
Y acabada esta frase,
Sintiendo ya acercarse su agonía,
La carta que pensaba que llegase
La estrujó entre sus manos todo el dia.

VIII.

Miéntras su alma enervando
Se iba al calor de su divino fuego,
Fué su cuerpo acabando
Primero el hambre y la tristeza luégo;
Y de tal penitencia aniquilada,
Como ni ver ni articular podia,
Su voz en el silencio se perdia,
Al perderse en la sombra su mirada.
Presa ya de una angustia intermitente,
De una manera lúgubre tosia,

Y como lentamente
Se iba haciendo su tez más trasparente,
Su espíritu divino parecia
Que alumbraba su cuerpo interiormente.

IX.

Hasta que al fin un dia, un triste dia,
La cabeza inclinando,
Que una gorra de encajes envolvia
Sujeta por debajo de la barba,
Se oye un tartamudeo de agonía:
Con los dedos las sábanas escarba;
Distribuye unos éxtasis mirando;
Se cubre de una sombra su semblante;
Y en su lucha tenaz de agonizante
Vuelve á caer y á alzarse, y titubea;
La muerte se va y viene y serpentea;
Y hundiéndose de pronto su martirio
En la inmersion de un celestial delirio,
En el último instante de su vida
Ve en un fondo de luz desconocida
Lo que al morir, como al vivir, desea,
Y es una carta, en su ilusion fingida,
En cuyo sobre dice: «A Dorotea.»

X.

¡Ay! Cuando á Justo le anunció el correo
El triste fin de la que fué su encanto,
Sentia como Dante aquel deseo
De suspirar y de morir de llanto.
—¿Ha muerto?—el pobre Justo preguntaba
En el tono más alto del lirismo;
—¡Qué desgracia!—exclamaba,
—¡Yo que la iba á escribir mañana mismo!—

XI.

Nunca escribió la carta deseada,
Pero, en cuanto á escribirla, ya lo he dicho,
Ni ha sido más predicho,
Ni Cristo fué tal vez más deseado.
Por eso estaba loco, ó casi loco;
Mas ¿qué culpa tenía el inocente
Si siempre, como á mí, le faltó un poco
Para ser diligente?
El caso es que lloraba sin consuelo,
Porque era bueno, bueno, y, lo repito,
Aunque nunca escribió, ni hubiera escrito,
¡Oh fiel imágen de las cartas mias!
Tan cierto es como Dios está en el cielo,
Que, amándola infinito,
El pensaba escribir todos los dias.

XII.

Y era su pena tanta,
Que ahogaban los sollozos su garganta.
Mira al cielo con aire reverente;
Despues se echa á llorar amargamente;
E implorando el auxilio de este modo
Del Sér que en todas partes lo ve todo,
Pidiéndole perdon por sus agravios,
En oracion mental mueve los labios;
Y hasta en medio de un bíblico arrebato,
Casi escribir promete el insensato
Aquella carta que quedó en idea,
Cuando mira entre luz á Dorotea,
Que desde el cielo le decia:—¡ingrato!—

FÁBULAS.

Insuficiencia de las leyes

EL REINO DE LOS BEODOS.

Tuvo un reino una vez tantos beodos,
Que se puede decir que lo eran todos.
En el cual por ley justa se previno:
Ninguno cate el vino.
Con júbilo el más loco
Aplaudióse la ley, por costar poco:
Acatarla despues, ya es otro paso;
Pero en fin, es el caso
Que la dieron un sesgo muy distinto,
Creyendo que vedaba sólo el tinto,
Y del modo más franco
Se achisparon despues con vino blanco.
Extrañando que el pueblo no la entienda,
El Senado á la ley pone una enmienda,
Y á aquello de: *Ninguno cate el vino*,
Añadió, *blanco*, al parecer con tino.
Respetando la enmienda el populacho,
Volvió con vino tinto á estar borracho,
Creyendo por instinto ¡mas qué instinto!
Que el privado en tal caso no era el tinto
Corrido ya el Senado,
En la segunda enmienda, de contado,

Ninguno cate el vino,
Sea blanco, sea tinto, les previno:
Y el pueblo, por salir de nuevo atranco,
Con vino tinto entónces mezcló el blanco;
Hallando otra evasion de esta manera,
Pues ni blanco ni tinto entónces era.
Tercera vez burlado,
—«No es eso, no, señor», dijo el Senado;
«O el pueblo es muy zoquete, ó muy ladino:
Se prohibe mezclar vino con vino.»—
Mas ¡cuánto un pueblo rebelado fragua!
¿Creeréis que luégo lo mezcló con agua?
Dejando entónces el Senado el puesto,
De este modo al cesar dió un manifiesto:
La ley es red, en la que siempre se halla
Descompuesta una malla,
Por donde el ruin que en su razon no fia,
Se evade suspicaz... ¡Qué bien decia!
Y en lo demas colijo
Que debiera decir, si no lo dijo:
Jamas la ley enfrena
Al que á su infamia su malicia iguala:
Si se ha de obedecer, la mala es buena;
Mas si se ha de eludir, la buena es mala.

Instituciones inútiles.

EL ARQUITECTO Y EL ANDAMIO.

Quitó el andamio Simon
Despues que una casa hubo hecho,
Y el andamio con despecho
Exclamó: «¡Qué ingrata accion!»

A tan necia exclamacion
Dijo Simon muy formal:
«Quitarte ántes, animal,
Fuera imprudencia no escasa;
Mas despues de hecha la casa,
¿Hay cosa más natural?

Oficios mutuos.

EL GATO Y EL MILANO.

Desplumaba á una tórtola un milano,
Y un gato que gruñendo lo veia,
El hocico lamiéndose, aunque en vano,
—«¡Ah *verdugo*!»—furioso le decia.
—Y tú ¿qué eres?—el ave le contesta.
Calló el gato, ocultando su deseo;
Y echándole las garras por respuesta,
—«¿Qué he de ser, contestó, siendo tú el *reo*?

Dotado siempre está de ánsia inhumana
Cuanto arrojar al mundo á Dios le plugo:
Verdugos de hoy reos serán mañana,
Pues el reo de ayer es hoy verdugo.

El falso heroismo.

EL VETERANO Y EL PASTOR.

Volviendo hácia su tierra
Un pobre veterano de la guerra,
Donde en trances sacó nada felices

Un pié de palo y várias cicatrices,
A un pastor que encontró por carambola,
Le dijo en tono adusto:
— «¿Cómo entre tanto arbusto
Se ve con hojas esta encina sola?»
El pastor contestó: —«Salió de madre
Aquel cercano rio,
Y estos arbustos deshojando impío,
Perdonó sólo á esa gigante encina,
Que llaman desde entónces la *heroína.*»—
—«Pues mire usted, compadre»,
Replicó el veterano,
«Es más digna de encomio la desgracia
De tanto arbusto enano,
Que la gloria de ese árbol eminente;
Porque no tiene gracia
Que no la hollase el bramador torrente,
Cuando tan alta levantó la frente.
Soy Juan Fernandez, para quien sin duda
La trompa de la fama ha sido muda;
Pues sepa usted que al redactar mi jefe
(Que por Dios que era un grande mequetrefe)
Las siguientes palabras:
Voy á asaltar el muro;
En verdad le aseguro,
Como es usted lacayo de esas cabras,
Que sólo en lance tal sufrió la mecha
El pobre Juan Fernandez en la brecha.
¿Y qué sacó? esta pierna de rebaja.
¿Y el jefe? nada ménos que la faja.
Y así porque esta encina
Desde hoy no vuelva con su orgullo necio,
De tanto pobre arbusto con desprecio,
A honrarse con el nombre de *heroína*,
O voto á Dios le rompo la cabeza,

O me entalla usted esto en su corteza:

Porque nació más alta, es más felice;
Y porque es más felice es la HEROÍNA.
¡Cuántos héroes habrá como esta encina!
Juan Fernandez lo dice.

La igualdad.

LA COL Y LA ROSA.

Una col en un cercado
Probaba á una rosa bella
Que era tan buena como ella,
Y áun de una tierra mejor.
— Mas aunque de cuna iguales,
Dijo un pepino, ¡mastuerza!
¿Dejarás tú de ser *berza*,
Miéntras que ella es una *flor*?

Pelear por un mismo fin.

GUERRAS CIVILES.

Era un reino infeliz en donde altivo
Un partido de *olivo* un dios queria,
Y otro partido que en el reino habia
Pidió el dios de *aceituno* en vez de olivo.
Clamando guerra en su furor activo
Al golpe asolador del hacha impía
Fué tumba universal la monarquía;
De un yermo la nacion fué ejemplo vivo.

Hecho el dios de aceituno á sus antojos,
Un partido en sus glorias importuno
Lo encumbró sobre míseros despojos:
Hasta que, el dios mirando de aceituno,
Vieron por fin con desolados ojos
Que aceituno y olivo era todo uno.

Leyes fundamentales.

Con ánimos sencillos
Varios chiquillos cierto dia un dado
Para jugar hicieron;
Y las leyes del juego los chiquillos
Por seguir á la letra,
Del lado aquel en cada faz pusieron
El *uno*, el *dos*, el *tres*, el *cuatro*... etcetra.
De niños entre el bando
Alguno de ellos calculó prudente
Que por los bordes subrepticiamente
La cara de su número limando,
Siempre á la mesa en amoldarse esquiva
Quedaria, rodando,
La cara de su número hácia arriba.
De esta manera á todos, el fullero,
Como era natural, ganó el dinero,
Hasta que al fin, de sus falaces modos
Apercibidos todos,
Dando de su pericia muestras claras,
Limando y más limando
Fueron tambien dejando
Convexas de sus números las caras.
De este modo el ex-dado
Por ángulos y bordes cepillado,

Al impulso menor del aura sola
Rodaba, ya se ve, como una bola.
Desde entónces el número de azares
Se sucede á millares,
Y la igualdad geométrica admirando
De equilibrio tan justo,
Unas veces perdiendo, otras ganando,
Se divierten los niños que es un gusto.
Con lengua atrabiliaria
A cada azar del inconstante dado
Agotan su aficion parlamentaria,
Y sucede un discurso á otro discurso
Sobre si el aire le sopló de un lado,
Sobre si un pelo interrumpió su curso.
Y acaban las cuestiones,
Su furor conteniendo en breves plazos,
Los que son vencedores, á razones;
Los que vencidos son, á sombrerazos:
Y en cáos importuno
Alzándose hoy los que caerán mañana,
Todos se pierden, y ninguno gana,
Ganando todos, sin perder ninguno.
Y entre tanto, sediento de emociones,
Y ajeno, el pueblo espectador, del fraude,
Aplaude tan contínuas variaciones,
Pues siempre el pueblo la comedia aplaude
Si van y vienen sin cesar telones.

Desde el feliz momento
Que la moral he oido de este cuento,
Ignoro cómo hay gente
Que idolatrar como á sus ojos pueda
La ley fundamental, que blandamente
Adonde quiera que la impelen rueda.

—

Dios es causa de las causas.

LA URRACA, LA RAMA, EL ÁRBOL LA TIERRA Y EL SOL.

Al lado de una iglesia un olmo habia,
Desde donde una urraca escuchó un dia
Que un fraile predicaba de este modo:
Dios todo lo hace, y lo dispone todo.
Torciendo entónces el agudo gesto,
Dijo la atea urraca:—«Por supuesto,
Dios dispondrá si quiere de lo suyo,
Porque yo sin sus órdenes arguyo
Que ya corro, ya vuelo,
Segun me viene á pelo,
Y, aunque su ley traspase soberana,
Hoy canto aquí porque me da la gana.»
—«Porque yo te sustento
(Dijo la rama con sutil acento)
Gracias al tronco adusto
Que me encumbra robusto.»
—«Yo (con acento ronco
Gritó á la rama el tronco)
Te encumbro á tí, porque la tierra amante
Con brazo creador me alzó triunfante.»
—«Y yo te levanté (dijo la tierra,
Sus entrañas abriendo en són que aterra),
Porque ese sol que de su luz me inunda
Con sus rayos mis gérmenes fecunda.»
—«Y yo (contestó el sol de orgullo lleno,
Con voz de quien es eco el bronco trueno)
La tierra fecundizo,
Porque el potente Sér que todo lo hizo
Desde mi trono alzado
Hasta el último fin de lo increado,

Cual dón que con su alteza manifiesta
¡La clara sombra de su luz me presta!
Desde entónces la urraca,
Con una fe que su temor aplaca,
Cuando oye prorumpir en el otero:
«Yo canto estas rondeñas porque quiero»;
—«cantais porque Dios quiere ¡ bachilleras!»
(Grita á sus compañeras):
«¿Cómo ultrajais al cielo de ese modo?
Dios todo lo hace, y lo dispone todo.»

La carambola.

EL CHICO, EL MULO Y EL GATO.

Pasando por un pueblo un maragato,
Llevaba sobre un mulo atado un gato,
Al que un chico, mostrando disimulo,
Le asió la cola por detras del mulo.
Herido el gato, al parecer sensible,
Pególe al macho un arañazo horrible;
Y herido entónces el sensible macho,
Pegó una coz y derribó al muchacho.

Es el mundo á mi ver, una cadena,
Do rodando la bola,
El mal que hacemos en cabeza ajena,
Refluye en nuestro mal, por CARAMBOLA

La justicia en un cuento.

EL VIEJO Y EL MENDIGO.

Rodeado el tio Blas de gente,
Dijo:—«Vaya un cuento ahora»;—
Y ya iban tres cuartos de hora,
Cuando él iba en lo siguiente:
—«Aunque *pobre*, el juez prudente
Le hizo justicia al momento.»—
Y un *pobre*, que oia atento,
Dijo al tio Blas con malicia:
—«¿*Pobre*, y se le hizo justicia?
Dice usted bien: *eso es cuento.*»

El método.

EL MANCEBO Y LOS PÁJAROS.

Vió Gil de un árbol caer
Cinco pájaros, y todos,
Corriendo por varios modos,
Los quiso á un tiempo coger.
—«Deja, buen Gil, de correr,
Pues no cogerás ninguno.
¿A qué tras *cinco* ¡importuno!
A un tiempo vas con ahinco,
Si para coger los *cinco*
Tienes que empezar por *uno*?»

La piedad bien entendida

EL MUCHACHO, EL PODADOR Y EL MANZANO.

A un manzano podaba un hortelano,
Y un muchacho, con íntimas querellas,
«¿Por qué», decia á gritos, «inhumano,
Del tronco á quitar vas ramas tan bellas?»
—«Córtalas, podador», dijo el manzano,
«Que se me quiere encaramar por ellas.»—

El tal rapaz, que procuraba arguyo
El bien ajeno en beneficio suyo.

Baladronadas.

LA VID, EL OLMO Y LA HIEDRA.

En contínua querella,
Una vid y una hiedra, á un olmo asidas,
Se despreciaban, de ódio estremecidas,
Poniéndose á su vez de *más es ella.*
—«¿Ves aquel ave, que en tendido vuelo»
Dijo la vid por fin, «ya besa el cielo?
Pues si quiero subir, sin más arrimo,
Le llevo á que meriende este racimo.
—«Pues si me subo yo», dijo la hiedra,
Que sólo asida de los olmos medra,
«Formo un dosel al cielo,
Que, interpuesto entre el sol, enlute el suelo.
Vamos á ver si no», siguió importuna.
—«Vamos, dijo la vid: ¡A una!»—«¡A una!»
En tono el más sencillo:

«No, por Dios; no por Dios, gritó un tomillo,
Que pueden sus bravuras
Dejar el mundo á oscuras.»—
Llegando ya de su impaciencia el colmo,
Dijo al tomillo el olmo:
—Puedes perder el miedo, en mi conciencia,
Si nadie miedo á los cobardes tuvo,
Pues sé por experiencia
Que jamas *subirán* si yo no *subo.*»

De pequeñas causas, grandes efectos.

EL PASTOR Y EL INSECTO.

Cantando Gil, vió de un insecto el nido,
Y le holló con pié rudo:
Y aunque oyó de mil tristes el gemido,
Siguió cantando de piedad desnudo.
Viendo el insecto hollados á sus hijos,
Subióse á la montaña,
Y en el chopo más alto ayes prolijos
Lanzó exhalando su impotente saña.
Era el tiempo en que vientos y nublados
Desatando los cielos,
Igualan con los montes los collados
Copiosas nieves y abundantes hielos.
Por vengarse de Gil, cargó sañudo
Con un copo de nieve,
Carga mayor con que el insecto pudo.
¡De tan grande furor venganza leve!
Suelta el copo, al encono que le inflama,
Desde el altivo chopo;
Y engruesado al bajar de rama en rama,

Fuése aumentando el invisible copo.
Va el gérmen infeliz de inmensa ruina
De hoja en hoja bajando,
Y un copo y otro copo arremolina,
Y cien y mil, y auméntase rodando.
Cruje la mole, escasa todavía:
Mas en creciente extraña,
Ya un monte desatado parecia
El declive al bajar de la montaña.
El alto roble y la empinada encina,
A su impulso arrollados,
Amenazaban convertir en ruina
Del pobre Gil apriscos y ganados.
Y al ver la mole, el insectillo en tanto,
Que lo arrasaba todo,
Parodiando de Gil el fiero canto,
Tarareó esta cancion allá á su modo:

¡No hay venganza que un ruin, si está ofendido,
Tomar no pueda en pago,
Cuando un copo de nieve desprendido
La causa llega á ser de tanto estrago!

Excusas necias.

EL CUERVO Y EL REPTIL.

Hácia el nido de un cuervo
Sube un reptil protervo,
Que de otro manjar falto,
De huevos se apercibe;
Mas al dar el asalto,
Creyendo al cuervo ausente, oyó:—¿Quién vive?

—«Perdone usted; no es nada
(Dijo con voz turbada);
El hallarme soñando
Mi indiscrecion abone;
Pues llegué aquí rodando,
Mas deperté, y me vuelvo: usted perdone.»

—«¡Hola, traidor vecino!
(Dijo el cuervo ladino)
¿Cuando el sueño te priva,
Sin costarte trabajo
Te ruedas hácia arriba?
Pues haber cómo ruedas hácia abajo.»

Y remontando el vuelo,
Lo suelta desde el cielo,
Por más que ya difunto
El reptil lo rehusa;
Y *¡plaf!* reventó al punto.
¡Digno castigo de su necia excusa!

Nunca una moral nos cuadra.

LA MADRE, EL HIJO Y LA CONCURRENCIA.

Fastidiaba á una noble concurrencia
Una madre amorosa, que asentaba
Que de Adolfo á admirar iban la ciencia
Si alguna fabulilla recitaba
—«Vén acá, dijo, niño.»
Y Adolfo al escuchar su voz severa,
Con mucha más pereza que cariño,
La fábula empezó de esta manera:

—«LA OVEJA Y EL CORDERO. Cierto dia
La oveja, con el tono que ella sabe,
Daba á su hijo lecciones de ser grave,
Las que él pronto olvidaba, ó no aprendia.
¿Leccion, diréis, y en una edad tan corta?
Es necio, sí. Mas voy á lo que importa.
La oveja en vano en enseñar se ahinca,
Porque el hijo no aprende una palabra;
Mas corre, y viene, y va cual suelta cabra,
Y vuelta, y dale, y brinca que te brinca.
La madre del cordero era tan porra...»
Truncó Adolfo la historia de repente,
Cual cayendo en estúpida modorra;
Y es que viendo de dulces una fuente,
De su memoria en mengua,
Dura como el turron quedó su mente,
Y en agua vuelta la movible lengua.
—«Sigue, niño», la madre le decia.
— *Era tan porra*... el niño repetia;
La madre con sus guiños le hostigaba;
Y — *tan porra*... el muchacho replicaba;
Y con que si era *porra*, ó si no lo era,
Llegó á cansar la sociedad entera.
La madre al fin le dijo, ya corrida:
— «Aparta, que estás siendo, majadero,
Más torpe que el cordero de la historia.»
Y ¡oh, qué frágil memoria!
¡No acordarse que ella era distraida
Más *porra* que la madre del cordero!

No hay accion mala ó buena
Que aplicacion no tenga si es ajena.
Mas siendo propio el caso,
Jamas la aplicacion nos sale al paso.

De gustos no hay nada escrito.

EL CONEJO, EL GALLO Y EL CERDO.

Cada QUISQUE *celebra, y es muy justo,*
Lo que es más de su gusto.

Por un gallo lo digo,
Que de una huerta picoteando el trigo,
Así á un conejo hablaba
Que, haciendo muecas, una col rumiaba:
— «¿No admiras este trigo, buen conejo,
gordo y gentil, cual castellano viejo?
¿Quién ha visto manjar de más decoro?
Como soy, que parecen granos de oro.»
—«Aprension, friolera, bobería»,
El rumiador conejo respondia:
«Siempre á mi noble raza más le plugo
De tierna berza el agridulce jugo.» —
Viendo así despreciado
Su condimento amado
El gallo, incontinente,
Para buscar un juez más competente,
Se encaramó á las tapias de la huerta,
Como vigía que se pone alerta;
Y preguntó á un cochino
Que acertaba á pasar por el camino:
—«Dime, si te ofreciesen cuando almuerzas
Buen trigo y buenas berzas,
¿Qué cosa te comieras, caro amigo?» —
El cerdo contestó: — *Berzas y trigo.*

La muerte todo lo iguala.

LA VUELTA DEL CAMPESINO..

Halló al volver con otros á su tierra
Un nuevo cementerio un campesino,
Y al cruzar por enmedio del camino
Vió escrita en él esta inscripcion que aterra.
«Un ponce de Leon aquí se encierra:
Dobla al pasar la frente ¡oh peregrino!
Y acata humilde al que postró al destino,
Recto juez en la paz, y héroe en la guerra.»—
Fija la vista en los eternos bronces,
Gestos de admiracion haciendo extraños,
Dijo extasiado el campesino entónces:
—«¡Por Dios que son terribles desengaños!
¡Quién les dijera á los ilustres Ponces,
Que aquí enterré yo un *burro* hace dos años.»

No siempre el bien es fortuna.

EL PÁJARO ENCARCELADO.

En una jaula un ave
Nació y vivió contento,
Sin cruzar nunca el viento
Con revolar süave.
¡Qué vanamente grave,
Porque más no desea,
De una á otra barandilla
Con voluntad sencilla
Cantando se pasea!
Créalo quien lo crea;

Mas lo cierto es que el preso
Nunca con loco exceso
En ocasion ninguna
Maldijo la fortuna,
Ni tuvo á vituperio
Su dulce cautiverio.
Por último, es el caso
Que un dia que la puerta
Vió de la jaula abierta,
Llegó paso tras paso
A la vecina huerta.
¡Cómo entónces contento,
Con emocion extraña,
Goza en la azul campaña
Del extendido viento
La libertad querida,
Nunca por él sentida!
De rama en rama vuela
Con la calma inefable
De la virtud amable
Que el crímen no recela;
Y al más cercano arbusto
Lanzándose con gusto,
Quedó á la liga en suma
Presa otra vez su pluma.
¡Triste imágen del hado
Fué el pájaro inocente,
Pues se trocó su estado
Tan repentinamente!
Tornó á ver á despecho
La ántes prision amada:
Mas nunca la alborada
Volvió á encomiar su pecho
Con su comun tonada.
«¿Por qué con tal quebranto,

Su dueña le decia,
Mi gozo y tu alegría
No ensalzas con tu canto,
Cual suceder solia?»—
Sin dar respuesta alguna,
Las penas una á una,
Con el dolor más grave
De su dueña querida,
Acabaron del ave
La macilenta vida;
Que aunque en la cárcel fiera
Pasó la vida entera
Sin que echase de ménos
Los céfiros serenos,
Despues que hubo probado
Su esfera siempre amena,
Cuando volvió su estado
Murió el triste de pena.

¡Huid, mentido bando
De alegres ilusiones,
Que nos henchís, pasando,
De locas ambiciones!
¡Dejadme que tranquilo
Muera en mi pobre asilo,
Pues que sólo un momento
Vive el mayor contento!
¿Por qué quereis que ansioso
Deje mi humilde estado,
Si es más desventurado
Quien fué una vez dichoso?

Yendo á más, venir á ménos.

LA ABEJA, EL BURRO Y LA RAMA.

La abeja de una rama de romero
Formaba su panal de mieles rico;
Mas la rama encontrando en un lindero,
Se la comió un borrico.
¡Pobre rama olorosa,
Que el blason iba á ser de los panales,
Y ya entre las mandíbulas asnales
Podrá ser, ménos miel, cualquiera cosa!

¡Oh, qué bien con su ejemplo nos declama
Lo instable del destino,
Cuando al ir á ser miel la noble rama,
El pienso quedó á ser de un vil pollino!

Caprichos del hado.

EL ESCULTOR Y LOS DOS TRONCOS.

Cierto escultor un dia,
Viendo dos troncos, entre sí decia:
—«De este zoquete vil, lleno de lodo,
Un San Roque he de hacer con perro y todo;
Y éste, aunque para santo mejor era,
Del templo servirá para madera.»—

Así el hado cruel que engaña á tantos,
Convierte con tristísimos ejemplos,
En madera de templos á los santos,
Y en santos la madera de los templos.

Placeres falsos.

EL MUCHACHO Y LA MANZANA.

Tiró Andrés una piedra á una manzana,
Y por dar á la fruta dió al ambiente;
Tiróle la segunda: ¡empresa vana!
La tercera tiró: ¡malditamente!
Tiro otra en fin: cayó; mas de tal gana,
Que con golpe mortal hirió su frente.

Hay bienes que en llegando, al mal iguales,
La cabeza nos rompen cual los males.

Deseos locos.

EL PASTOR Y EL NAVÍO.

Del mar en la ribera
Quejábase un pastor de esta manera:
—«¡Oh, qué sordas que tiene á mis congojas
El cielo las orejas,
Pues no me saca de zagal de ovejas,
Pati-tuertas las más, y algunas cojas!
¡Quién me diera, halagando mi albedrío,
Dirigir, por ejemplo, aquel navío,
Y á la playa arribar del indio ó moro,
Para volver con él cargado de oro!
¡Por amigos tuviera y por amigas
Entónces á señoras y señores,
Pese á cuantas ovejas y pastores
Rumiaron hierbas ó mascaron migas!
Mas ¡ay! la suerte fiera

Me arrastra, sea invierno, sea verano,
Desde el monte al redil, y de éste al llano;
Y aunque oirlas no quiera,
Me hace escuchar las simples avecillas,
Que por más maravillas
Que dicen que hacen los que de ellas cuentan,
Cada vez que las oigo, me revientan.»
Así el pastor decia,
Cuando el bajel ya apénas se veia;
Y su intenso dolor llegaba á tanto,
Que sus mejillas inundó de llanto.
Era al morir el sol, segun asienta
Quien dijo que del ábrego la saña
Removió aquella noche una tormenta
Que ni la oyó el pastor en su cabaña.
Al otro dia su manada entera
Condujo, como siempre, á la ribera,
Y del mar acercándose á la orilla,
Vió aquí y allí fragmentos de una quilla.
Buscando del naufragio indicios ciertos,
Halló al fin gavias, y despues mesanas,
Trinquetes desvelados, hombres muertos;
¡Leves cimientos de esperanzas vanas!
Entónces se acordó de su navío,
Y viendo fin tan triste,
«¡Qué bien hiciste, oh Dios, qué bien hiciste
En cohartarme, dijo, el albedrío!»
Y sin ver que á los muertos hacía agravios,
Una sonrisa se asomó á sus labios;
Y escuchando las simples avecillas,
Que hacian, segun dijo, maravillas,
Tradujo de sus plácidos gorjeos:

Modera tus deseos.
Aunque pierdas, llorando, tus encantos,

No halagues esperanzas indecisas;
Cada muerta esperanza brota llantos;
Cada llanto vertido engendra risas.

La inocentada.

LA MADRE Y EL HIJO.

—«¡Ubbb!!»— en inocente fiesta
Una madre con cariño
Gritaba á un hermoso niño
Con una máscara puesta.
Mas de sus gustos avara,
Al ver que lloraba el hijo,
Arrojándola, la dijo:
—«Tonto, si tengo otra cara.»—
Y del candor á merced,
A cuantas despues hallaba,
El niño las preguntaba:
—«¿Cuántas caras tiene usted?»—
Y es fama que ya crecido,
Llegó el niño á asegurar

Que todas suelen mudar
La cara con el vestido.

Liviandad de nuestras glorias.

EL JÓVEN Y EL RELOJ DE ARENA.

Viendo un reloj de arena,
Paseábase Roman con faz serena.

—«Pasa luégo, decia,
Hora cual nunca impía;
Que pronto Ines con amoroso fuego
Me esperará en la reja; pasa luégo.» —
Y dando vueltas, su mirar sombrío
En el reloj fijaba, asaz tardío,
Hasta que al fin echó de ver que insano
Atascado se hallaba un leve grano;
Y saliendo á la calle diligente,
Llamó á la reja, pero inútilmente:
Volvió á llamar de nuevo;
Mas ya no estaba Ines: ¡pobre mancebo!

¡Quién por buscar se apena
De este mundo las dichas ilusorias,
Cuando un grano de arena
Rémora puede ser de nuestras glorias!

CANTARES.

Nunca, aunque estés quejumbrosa,
Tus quejas puedo escuchar,
Pues como eres tan hermosa,
No te oigo, te miro hablar.

Tus perfecciones al ver,
Suelen los hombres decir:
«Sólo por verla, nacer;
Despues de verla, morir.»

Tras tí cruzar un bulto
Vi por la alfombra;
Ciego el puñal sepulto...
Y era tu sombra.
¡Cuánto, insensato,
Te amo, que hasta de celos
Tu sombra mato!

Que es matarme, confieso,
El olvidarme;
Aborréceme, que eso
Ya es recordarme.
Por Dios te pido
Que me entregues al ódio,
Mas no al olvido.

Que es corto sastre preveo
Para el hombre la mujer,
Pues siempre corta el placer
Estrecho para el deseo.

Ni te tengo que pagar,
Ni me quedas á deber;
Si yo te enseñé á querer,
Tú me enseñaste á olvidar.

A un mármol Pigmalion
Le dió de mujer el sér,
Y en mí cambió una mujer
En mármol mi corazon.

Si te ha absuelto el confesor
De aquello del Cabañal,
O tú te confiesas mal,
O él te confiesa peor.

Por mucho que el tren corria,
Corre tanto un «yo te adoro»,
Que era tuyo en Valdemoro,
Y en Aranjuez ya eras mia.

Mira que ya el mundo advierte
Que al mirarnos de pasada,
Tú te pones colorada,
Yo pálido cual la muerte.

Como en la iglesia te vi
Despues de lo de la fiesta,
Me santigüé, y prorumpí:
«¿Quién dirá que aquélla es ésta?»

Con tanto placer cruzamos
El túnel de Elda los dos,

Que al salir de él exclamos:
«¿No habrá otro túnel, gran Dios?»

Te pintaré en un cantar
La rueda de la existencia:
Pecar, hacer penitencia,
Y luégo vuelta á empezar.

Si es fácil una hermosa,
Voy, y la dejo;
Si es difícil la cosa,
Tambien me alejo.
Niñas, cuidad
De amar siempre con fácil
Dificultad.

Por más contento que esté,
Una pena en mí se esconde,
Que la siento no sé dónde,
Y nace de no sé qué.

La vida es dulce ó amarga;
Lo corta ó larga ¿qué importa?
El que goza la halla corta,
Y el que sufre la halla larga.

Mal hizo el que hizo el encargo
De hacer las cosas al gusto;
Todo es corto ó todo es largo,
Y nada nos viene justo.

Para divertir su afan,
Cantaba á su reja un loco:
«Unos estamos por poco,
Y otros por poco no están.»

El tiempo á todos consuela,
Sólo mi mal acibara,
Pues si estoy triste se para,
Y si soy dichoso vuela.

Como asegura un autor,
La muerte es un grande sueño;
Si es bueno el sueño pequeño,
El grande será mejor.

Pasa un dia, y sabe Dios
Que mi atroz melancolía
No siente que pase un dia,
Sino que no pasen dos.

La tumba es al lecho igual;
Pero bien sabido ten
Que en uno se duerme mal,
Y en la otra se duerme bien.

Si entre no haber sido y ser
Hubiera el hombre elegido,
Claro es que hubiera escogido
El no poder escoger.

Despues que ya se ha agotado
Todo humano sufrimiento,
Siempre hay un nuevo tormento
Para un viejo atormentado.

Llorar de placer se suele,
Y es que en nuestro corazon
Hay siempre una vibracion
Que, áun con el placer, nos duele.

Ayer andé por ganar
Lo que hoy me causa desgana,

Y hoy sudo por alcanzar
Lo que me aburra mañana.

Piensa con ojos serenos
Cómo y cuándo morirás;
Que siendo el morir lo más,
El cómo y cuándo es lo ménos.

Mi madre, que me amaba
Con desvarío,
Siempre al verme exclamaba:
«¡Consuelo mio!»
¡Y hoy, santo cielo,
Quién consolar pudiera
A aquel consuelo!

ÍNDICE.

FIN DEL ÍNDICE.







